JAIME SÁENZ

Recorrer esta distancia

ANTOLOGÍA POÉTICA

fce

TIERRA FIRME

Tierra Firme

RECORRER ESTA DISTANCIA

JAIME SÁENZ

RECORRER ESTA DISTANCIA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 2004

Sáenz, Jaime
Recorrer esta distancia / Jaime Sáenz. — México : FCE, 2004
155 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Tierra Firme)
ISBN 968-16-7204-6

1. Poesía mexicana 2. Literatura mexicana — Siglo XXI
I. Ser II. t

LC PQ729 Dewey M861 S716r

Diseño de portada: R/4, Vicente Rojo Cama

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
Conozca nuestro catálogo: www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN 968-16-7204-6

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Mis agradecimientos a
Elva Gonzales de Morales, hermana del poeta,
a sus hijas Ximena y Gisela
y a Álvaro Aguirre Badani, amigo de Jaime

Prólogo

"Quiero la muerte, pero no morir"

De todos los poetas contemporáneos de Bolivia, Jaime Sáenz es, quizás, el único que aún ejerce una extraña y continua seducción. Y la ejerce desde el otro lado, o sea, desde los dominios de la muerte que, en su caso, era algo más que un accidente inevitable y destructor. Hecho para las paradojas, Sáenz nunca vaciló en considerar que la verdadera vitalidad surge de las tinieblas.

Nació en La Paz, Bolivia, el 8 de octubre de 1921. Y murió en la Casa del Poeta el 16 de agosto de 1986, después de haber transcurrido la mayor parte de su existencia en el barrio de Miraflores de su preclara ciudad. Flaca en datos externos —un viaje a la Alemania de Hitler, un matrimonio de corta duración y el lazo con el alcohol—, la vida de Sáenz luce en cambio una rica y compleja interioridad. Su culto a la irracionalidad puede llevar a equívocos, pero si se escarmena bien esta preferencia, deja de sorprender y quita las ganas de tomarla como una evasión de la realidad. Siendo un poeta del Ande, Sáenz muy pronto estuvo en condiciones de asimilar los *conmovedores argumentos* surgidos de una tierra en donde se dan la mano tradiciones aymaras, silencios grandiosos y mestizajes dolorosos. Materiales dotados de un encantamiento cercano al júbilo —palabra tan cara a su diccionario afectivo— y, en consecuencia, propicios para que nuestro poeta emprendiera el camino de la aniquilación. Él diría *revelación*. Y no le hubiera incomodado el rótulo de *romántico* para eludir las convenciones propias de la modernidad y sus derivados, a su juicio detestables.

Más allá del flanco favorable a las anécdotas que Jaime Sáenz se complacía en alimentar, habrá que considerar su obra como un vasto ejercicio en el arte de nombrar y conjurar las contradictorias apariencias, escenario en el que se manifiesta el *ser* y no tan de buenas a primeras sino después de una ardua búsqueda de la identidad que se agazapa en el *tú* y el *yo*. En suma, un itinerario espiritual que en *Recorrer esta distancia* alcanza una de sus más luminosas cimas.

Poesía, novela, relatos, cuentos, retratos y estampas configuran los senderos de que se valió para acabar su obra. Y como que la acabó. Es difícil imaginar a Sáenz en calidad de sobreviviente de ésta o de cualquier otra época. Vivió en la suya y le puso su sello con un estilo arbitrario pero también tierno, transparente y evocador. Y se fue sin dejar nada en pañales.

Sin embargo, la obra de Sáenz —transmutadora como querían los alquimistas— puede llevar a engaño. Dicho de otra manera, es fatalmente depuradora, define las diferencias y no se hace cargo de adhesiones superfluas. Para evitar falacias, es mejor tomarla como lo que es: una búsqueda incesante del sentido de la vida, una búsqueda de lo inmutable en alas de las transformaciones. En esta travesía, los obstáculos no cuentan. Es fama que la fortaleza física de Jaime Sáenz excedía con creces a la de los seres normales. La mirada curiosa del incauto atribuiría esa vitalidad a la mera brutalidad. Empero, nos ajustaríamos mejor a los hechos si diéramos por sentado que tal vigor, nada errático por supuesto, se origina en la exploración de las tinieblas, intensa y abismal y con destellos de una luz que llega despojada de lo accesorio por obra y gracia de un lenguaje capaz de retener el relámpago de la visión.

Sáenz fue un ser comunicativo a tiempo completo, es decir, fue un gran humorista. Pues, a juicio de este cronista, no hay comunicación valiosa que se sostenga por mucho tiempo sin el auxilio de ese genio contrario a la pesadez.

Se manejó entre realidades paralelas, pues creía en la *sincronicidad*, concepto acuñado por el doctor Carl Gustav Jung. Admiraba a los escritores Fedor M. Dostoievski, Thomas Mann y Akutagawa Ryunosuke, y a los compositores Anton Bruckner, Gustav Mahler, Richard Strauss y Johannes Brahms. Pero no era un subalterno, porque sus pomposos afectos empezaban por casa, es decir, apreciaba en alto grado al pintor y escritor Arturo Borda, al tradicionista Ismael Sotomayor y a los músicos Adrián Patiño y Simeón Roncal.

Y sin ser un chino, a la hora de beber atravesaba los siglos para toparse con su amigo y confidente Li Tai Po, afecto también a brindar por los caminantes y decir adiós a la vida.

"La asombrosa simetría entre el hombre y el medio"

En un país donde se habla algo más de cincuenta idiomas, el castellano concertó matrimonios casi siempre mal avenidos, aunque de rato en rato esta convivencia, encorsetada por los prejuicios, emite señales propias de un *sirwiñacu** a largo plazo, hecha de préstamos y trueques que dotan a la expresión oral de un acento peculiar.

Si el escenario lingüístico es determinante para descubrir —o encubrir— incongruencias entre lo que se dice y se hace, lo es también la geografía. De alturas nevadas cercanas a los 7 000 metros —con una luz que permite mirar sin catalejos lo que se oculta en la lejanía— se pasa a los amables valles, al trópico húmedo y a las calientes llanuras. País sin costa marítima, con más de un millón de kilómetros cuadrados (la mitad de lo que tenía al fundarse como nación independiente), colinda desde siempre con Perú, Chile, Brasil, Argentina y Paraguay.

Territorio de amplitud notoria pero todavía incomunicado,

* Matrimonio a prueba, común en las culturas nativas del país.

como que la distancia aún pesa mucho en el ánimo de las gentes. A poco que el viajero abandone sus ciudades principales, a poco que se salga de sus vías troncales, notará que va rumbo al pasado, porque el aire es de otro tiempo o de varios tiempos a la vez, de modo que sabrá que respirar el aire de todos no supone estar metido en un tiempo idéntico. La estratagema urdida por la mente para trasladarnos al pasado tiene aquí un aliado físico, la tierra, y un cómplice en quienes componen la geografía humana.

Fundada en 1825, la República marchó con paso promisorio pero también dando tumbos, generando así una vocación por lo inestable. Hasta que en 1879 Chile nos arrebató el mar en una guerra injusta y nosotros, por cuenta propia, fuimos cercenando lo que somos para hacer aflorar lo que no somos, latifundio de por medio y pongueaje también.

Vino la guerra con Paraguay, en 1932. Tras acometer, con los indios por delante, la defensa de la soberanía nacional, el conflicto terminó tres años después con muchas pérdidas y sin otra compensación que la de madurar —entre gobiernos militares de tintes diversos— cambios internos que la Revolución del 9 de abril de 1952 traduciría en un estilo inédito. Movimiento de masas nunca visto, medidas trascendentales largo tiempo preteridas (reforma agraria, voto universal, nacionalización de las minas), llegada de indios y mestizos al escenario político, en suma, el rumor de una cultura más a tono con legados ancestrales. Es canto aparte lo que andando el tiempo significaría esa histórica eclosión social. Y no viene al caso.

"Que sea larga tu permanencia bajo las estrellas"

Éste es el país que le tocó habitar a Jaime Sáenz. En 1921 la ciudad de La Paz tenía una población de 115 000 habitantes, en

1986 alrededor de 650 000; crecimiento relativamente escaso —como el de la totalidad de la nación. Por cierto que el poeta le echó un vistazo al envés de esa abulia demográfica y reparó en otra anomalía, pues el cementerio de su ciudad natal —historia viva de los muertos— "no se expande, ni en sentido horizontal ni en sentido vertical, y si esto es así, cabría preguntarse en qué sentido se expande..."

Eso en lo que concierne a la influyente voz de los muertos, que mucho tienen que ver con su poesía y mucho con todo. En el arco vital y cultural de Sáenz están Ricardo Jaimes Freyre, una de las cumbres del modernismo —junto a Rubén Darío y Leopoldo Lugones— y Franz Tamayo, modernista a su modo. El primero, con notorias raíces en la mitología escandinava. El segundo, firmemente anclado en el esplendor helénico, a despecho de lo que proponía con su *Creación de la pedagogía nacional*.

Sáenz estaba del lado de Tamayo, no tanto por su fervor griego sino por su persistente llamado a mirar la propia realidad, deformada por modelos ajenos pero todavía con el temple de las culturas precolombinas. No se desdijo cuando a partir de sus diecisiete años de edad cultivó la amistad de Arturo Borda, a esas alturas un bohemio cincuentón, ligado a los movimientos obreros anarquistas; pintor notable pero sin comparsas, escritor y poeta, autor de *El loco*, que despertó un interés tardío en las esferas oficiales. Otros personajes, marginales por donde se les mire, cobrarían relieve en la aventura de Sáenz que bien puede definirse como un salto de lo profundo a lo alto para calibrar el espíritu de la ciudad; las múltiples resonancias de ese tránsito guardan correspondencia con toda su obra, particularmente con *La piedra imán, Imágenes paceñas, Vidas y muertes* y *Felipe Delgado*. No por azar, en esas páginas aparece una y otra vez el *aparapita*, aymara de origen campesino que se asimila a la ciudad y al asimilarse la convierte en arquitectura de un mundo poderoso pero desconocido. "¿Acaso no es el habitante y el estante por excelencia?", se pregunta

Sáenz. "El *aparapita* está siempre en la ciudad y, no obstante, al mismo tiempo habita el altiplano, y se encuentra aquí y se encuentra allá, sin moverse de su sitio... si el *aparapita* es la ciudad, como que efectivamente lo es, mal podría sentirse ajeno a ella y mucho menos desaparecer —pues el *aparapita*, dicho sea en conclusión, ha cargado la ciudad sobre sus espaldas."

Cabe señalar que mientras Óscar Cerruto —contemporáneo de Sáenz y, por cierto, una poderosa vertiente poética recogida con rigor formal— reclamaba con su soneto *Patria de sal cautiva* el acento del mar perdido, el autor de *Aniversario de una visión* ya había hecho suya la divisa del almirante genovés que partió del Puerto de Palos: *Es necesario navegar. Vivir no es necesario.* Tejidas estas diferencias al calor de experiencias distintas, necesariamente tenían que emerger con ecos poéticos y andaduras verbales disímiles. Porque, dicho sea de paso, buena parte de la poesía de Sáenz sugiere el arte de navegar entre montañas. Y no hay contradicción alguna, porque sólo el muerto —de tan caras reminiscencias en su universo vital— podría reproducir el océano sin caer en la hipertrofia del pesimismo ocasionado por el enclaustramiento físico.

"Pero no soy tu cuerpo. Yo soy la noche"

En *Visitante profundo,* editado en 1963, Jaime Sáenz escribió:

> Como el día alimenta unos sueños estériles y lastima
> tu naturaleza angelical,
> has de partir en pos de la noche
> —y yo te diré que ella suele pedir, como un mendigo,
> toda la vida:
> raramente se conmueve.
> Pero tú, con tu tierna manera increíble,
> eres comunicativo y la conmoverás en aquella

> claraboya, si le dices:
> "Quiero la muerte, pero no morir".

Dos años antes de morir, en *La noche*, el poeta confirmó con su propia experiencia el carácter premonitorio del anterior poema. Entonces se supo que los aparentes cabos sueltos del enigma pertenecían a una relojería verbal creada por la Vida y la Muerte:

> ¿Qué es tu cuerpo? Yo no sé si te has preguntado alguna
> vez qué es tu cuerpo.
> Es un trance grave y difícil.
> Yo me he acercado una vez a mi cuerpo;
> y habiendo comprendido que jamás lo había visto, aunque
> lo llevaba a cuestas,
> le he preguntado quién era;
> y una voz, en el silencio, me ha dicho:
>
> Yo soy el cuerpo que te habita, y estoy aquí, en
> las oscuridades, y te duelo, y te vivo, y te muero.
> Pero no soy tu cuerpo. Yo soy la noche.

Entre estos dos libros, *Recorrer esta distancia,* publicado en 1973, es un tránsito y también un copioso tejido metafórico. Al igual que el resto de su poesía, se sustrae de las explicaciones unilaterales por la vía de las contradicciones aparentes. Porque si bien el *tú* y el *yo* —en frecuente diálogo en su escritura—, la proposición de quitarse el cuerpo, el día y la noche, la salud y la enfermedad, etc., dan pie a disquisiciones que podrían situar al poeta en un camino sin salida, otra es la perspectiva que ofrecen cuando Vida y Muerte —eje central de esta aventura poética— no son antinomias ni antípodas, sino los rostros de un Jano que airea su mitología en el escenario latinoamericano.

"Mientras no se levante y haga arder lo que no sirve, no podrá vivir..."

Jaime Sáenz admiraba —entre los escritores latinoamericanos— a Juan Rulfo y César Vallejo. Y tempranamente fue elogiado por Enrique Molina, que le dedicó *Las cosas y el delirio* (en el que estampó la frase: *Al poeta de cabeza fosforescente),* allá por abril de 1952, cuando el escritor argentino visitó La Paz, sin saber que las calles de la ciudad pronto serían un hervidero de violencia, y Sáenz —que aún no había publicado ningún libro— entraría en las filas de los combatientes nacionalistas que en tres días de fuego ininterrumpido decidirían la suerte de un estado caduco y tocarían las puertas de un tiempo que les pertenecía. En esas sangrientas jornadas, miles de fabriles y mineros se quitarían el cuerpo para celebrar el advenimiento de una vida sin cortapisas. El día se perdía en la noche y reaparecía con el vaho de túneles nocturnos donde al fin el *yo* contaba con el *tú*.

No sé en qué momento habrá decidido Sáenz clausurar el reino del día —que lo utilizó para dormir— y penetrar en las estancias de la noche. Sea como fuese, alteró sus costumbres y quedó frente al misterio de su propio cuerpo. Incitado o no por eventos exteriores, ya estaba maduro para indagar por los conocimientos que podía obtener el nocherniego en ámbitos habitualmente consagrados al descanso.

Una somera lectura nos llevaría a afirmar que en *El escalpelo* —editado en 1955 por su propia cuenta, como la mayoría de su obra— hay rastros surrealistas; algo parecido podría decirse de *Muerte por el tacto* y *Aniversario de una visión*. Sin desdeñar ese registro, cabe buscar una filiación más atinada, con el trasfondo andino, por ejemplo, convertido en claraboya para mirar lo que venga, lo que se va y lo que se queda, transmutado todo esto por palabras que, en el caso de Bolivia, enraizan en un castellano muy particular, arcaico si se quiere pero librado a la imaginación más

desaforada. La devota comunicación del poeta con la periferia hizo el resto, que no es poca cosa, porque sus personajes vienen de por ahí y cruzan el universo de la ficción en pos de un centro inviolable.

Habrá que añadir que Sáenz ya vivía en su *cuarto*, que no era una habitación común inserta en un inmueble común, sino un espacio estrecho como una tumba que se comunicaba —más que con el resto de la casa o la calle— con la ciudad, con el país, con los continentes y los mares; por lo demás, este *cuarto* era un mundo en miniatura: mapas en sus paredes, relojes, fotografías, un sinfín de cosas entre el lecho y el escritorio; un *cuarto* que se bamboleaba, un *cuarto* que se alejaba de las costas dormidas y retornaba al amanecer con rastros de tinieblas incógnitas.

Es posible que, habituado a un *cuarto* con aromas peculiares, el poeta hubiera empezado a percibir el olor a guardado, el olor a antigüedad, expresiones que asumen tonalidades diversas en sus libros sin caer en lo artificioso, porque, también de un modo natural, el país natal tiene algo de guardado, y despide algún aroma de la eternidad, y en buenas cuentas es un cedazo donde se atajan las modas.

Jaime Sáenz habrá cambiado muchas veces de domicilio pero no de *cuarto*. Esa mágica morada se reprodujo tal cual luego de azarosos traslados (avatares que registró en su hermoso libro *Los cuartos)*. En consecuencia, Sáenz entraba a su *cuarto* pero salía muy poco de La Paz: un viaje relámpago al puerto de Arica, de donde volvió con una botella de agua marítima; una incursión a Cochabamba, y caminatas por los alrededores de su ciudad, atraído sin duda por el paisaje volcánico de Alto de las Ánimas, Llojeta, Muela del Diablo. Y, por supuesto, llegó hasta el Illimani y el Huayna Potosí —nevados tutelares del mundo andino— y los tocó.

Cualesquiera que fuesen los gustos literarios de ayer y de mañana, la obra de Sáenz puede codearse con ellos o pasarlos por

alto, pues al fin y al cabo, tratándose de poesía, cumple el requisito de abrir horizontes —cerrados por la inopia del hombre anodino— desde el pedestal de su nacimiento, y se abstiene de teorizar sobre la ética y otros valores tan venidos a menos, porque —valga la aclaración— a su modo los encarnó.

Jaime Sáenz... Ignoro si su tía Esther lo admiraba; lo que está fuera de duda es que lo quería y le sobrevivió 10 años para ver qué cosa era el mundo sin su sobrino y tal vez repitió al final la frase que no quería recordar: "Todos mueren, menos yo. Y con los años que tengo, ya podía haber muerto cien veces". Sabemos por ella que la última palabra que escribió el poeta fue *Leyenda*. Sabemos también que —según su parecer— *para todo hay remedio en la vida, menos para el remedio.*

Libros de Jaime Sáenz

Poesía

El escalpelo (1955), *Muerte por el tacto* (1957), *Aniversario de una visión* (1960), *Visitante profundo* (1964), *El frío* (1967), *Recorrer esta distancia* (1973), *Bruckner* y *Las tinieblas* (1978), *Al pasar un cometa* (1982), *La noche* (1984)

Prosa

Felipe Delgado (novela, 1979), *Imágenes paceñas* (estampas, 1979), *Los cuartos* (relato, 1985), *Vidas y muertes* (retratos, 1986), *La piedra imán* (cuentos, 1989), *Los papeles de Narciso Lima Achá* (novela, 1991).

Obras inéditas

Carta de amor (poema), *Santiago de Machaca* y *El señor Balboa* (relatos, 1996).

Jesús Urzagasti

Aniversario de una visión

A la imagen que encendió
unos perdidos y escondidos fuegos

V

A LA VISTA DEL RÍO, que lava de males a los habitantes y los mantiene despiertos,

y socava la delgada corteza que sostiene a la ciudad debajo de la cual se oculta un gran abismo,

no me dirigiré a ti, por un momento y deseo detenerme en lo que habitas y habita en ti —y también en mí,

y percibir la forma, angosta y alargada, que pudiera tener la muerte, en la sustancia húmeda y dura del cristal que le sirve de vivienda

y conocer sus maneras, la de ser y la de no ser, que imagino como las de alguien que creciese de arriba hacia abajo,

y descubrir el porqué sentimos que nos movemos, y encontrar el espacio, el sitio, o la distancia que hiciese moverse el movimiento en la quietud,

donde busca el movimiento un ir de un lugar a otro sin necesidad de ir, y busca realizarse en la inmovilidad y dentro de sí mismo,

como la superficie de este río y como sus aguas,

las cuales nos harán desembocar y nos hundirán en el mar para salvarnos de no morir de la ausencia de la muerte,

la que un instante atrás ignoraba nuestra vida

y que viaja en ellas ahora y se aleja de nuestro lado.

¡Pasa sordo y ruidoso el río! —se desliza y salta a través de los diques,
a su estruendo se enardecen las visiones de grandes animales
que vemos cuando a solas nos desahogamos de cierta rara tristeza
en la transparencia y en el olvido de los suspiros que el río eleva y profundiza en medio de emanaciones mefíticas,
y al silbido del aire puro que el Illimani ha filtrado,
y que sopla sobre lo turbio e impetuoso de nuestra inclinación,
esas visiones se debaten entre suspiros y buscan en lo tumultuoso de las aguas alguna visión que las mire y suspire por ellas
—y mientras respiramos el extracto de este gran aire filtrado, azul y frío,
a la hora de las sombras, con una turbadora penetración las emanaciones mefíticas nos transportan al mar
y nos diluyen en la redondez de la tierra y en una eminencia del cielo
—yo te busco,
y con el alba y con los suspiros,
junto al claro de las estrellas, se anima la ciudad
—y pasa el río, desconsoladamente y se queda.

VI

En las pródigas luces humedecidas
y en los aires de navegación de las montañas,
en las solitarias inmensidades de la limpidez y en las humaredas, al calor fugitivo de la grave curvatura del mundo

—en las calles y en los árboles,
la lluvia refleja la callada ternura de tu visión.

Y de las tumbas un suspiro enciende perdidos y escondidos fuegos
en tu sentida imagen,
a la ascensión de aquel melancólico vaho desde las oscuridades,
que ha resquebrajado los sudarios de tus rumorosos antepasados
—y en las entrañas del agua, al compás que escucho del olvido, llueve,
y llueve y yo no te miro, en realidad puedo mirar que me miras tú
—¡cómo me miras!,
de unos confines, de la infancia
y de los mares profundos de la juventud
—¡me miras en el vacío y a través de la distancia,
cómo llega tu mirar, de tanta lejanía y en qué conmovida manera,
que me hace saber que yo no te miro!
—y un gran llanto me sacude al deseo de encontrarte,
y hablar contigo sobre la gratitud, sobre la primavera y la alegría
y sobre cosas tantas y diversas,
y a un tiempo te escucho —en la huella que ha quedado en mi frente, en una sombra que roza la pared—,
te escucho hablar de todo cuanto me hace llorar
—y así respondes a lo que digo en mi corazón.

VII

Que sea larga tu permanencia bajo el fulgor de las estrellas,
yo dejo en tus manos mi tiempo
—el tiempo de la lluvia
perfumará tu presencia resplandeciente en la vegetación.

Renuncio al júbilo, renuncio a ti: eres tú el cuerpo de mi alma; quédate
—yo he trasmontado el crepúsculo, y la espesura,
a la apacible luz de tus ojos
y me interno en la tiniebla;
a nadie mires,
no abras la ventana. No te muevas:
hazme saber el gesto que de tu boca difunde silenciosa la brisa;
estoy en tu memoria, hazme saber si tus manos me acarician
y si por ellas el follaje respira
—hazme saber de la lluvia que cae sobre tu escondido cuerpo,
y si la penumbra es quien lo esconde o el espíritu de la noche.

Hazme saber, perdida y desaparecida visión, qué era lo que guardaba tu mirar
—si era el ansiado y secreto don,
que mi vida esperó toda la vida a que la muerte lo recibiese.

Al pasar un cometa

Para mi hija Jourlaine y
para Erika

Por tu modo de morir,
por ese modo de conocer
yo adiviné,
viajabas en la antigüedad

En lo alto de la ciudad oscura

Una noche en una calle bajo la lluvia en lo alto de la ciudad oscura
con el ruido a lo lejos
es seguro que suspirará
yo suspiraré
tomados de las manos por un gran tiempo en el interior de la arboleda
sus ojos claros al pasar un cometa
su cara llegada del mar sus ojos en el cielo mi voz dentro de su voz
su boca en forma de manzana su cabello en forma de sueño
una mirada nunca vista en cada pupila
sus pestañas en forma de luz un torrente de fuego
todo será mío dando volteretas de alegría
me cortaré una mano por cada suspiro suyo me sacaré un ojo por cada sonrisa suya
me moriré una vez dos veces tres veces cuatro

veces mil veces
hasta morir en sus labios
con un serrucho me cortaré las costillas para entregarle mi corazón
con una aguja sacaré a relucir mi mejor alma para darle una sorpresa
los viernes por la tarde
con el aire de la noche cantando una canción me propongo vivir trescientos años
en su hermosa compañía.

Tu calavera

Estas lluvias,
yo no sé por qué me harán amar un sueño que tuve, hace muchos años,
con un sueño que tuviste tú
—se me aparecía tu calavera.

Y tenía un alto encanto;
no me miraba a mí —te miraba a ti.
Y se acercaba a mi calavera, y yo te miraba ti.
Y cuando tú me mirabas a mí, se te aparecía mi calavera;
no te miraba a ti.
Me miraba a mí.

En la alta noche,
alguien miraba;
y yo soñaba tu sueño
—bajo una lluvia silenciosa,
tú te ocultabas en tu calavera,
y yo me ocultaba en ti.

Después de ti

Tú no sabes el secreto —mientras vivas, no me mires ni te acerques.
Las paredes se derrumban, me sepultan los escombros.
A la hora del pan, los gusanos me devoran. Este cuerpo es ya mío,
bajo tierra
—aunque la alegría me corroe, la disolución es alegría, a la hora del pan que me aniquila.
No te acerques.
Yo soy el pan.

Estas puertas son oscuras, no tienen un porqué, no sirven para nada
—al otro lado no hay nada.
Se mira la muerte, y se transfigura, se adivina y se pierde
—tiene una fecha, la cual se olvida.
Es un después, el cual se recuerda —después de ti.

Espacio y silencio

Mirando la ciudad apoyado sobre una peña escucho el ruido con toda atención
cada lamento cada grito cada rumor
miro en la altura más allá de las luces me detengo en el sendero con mis pasos tiemblan las sombras
un hálito se desprende a ratos del cielo me inclino sobre el abismo busco entre las breñas

entre los arbustos con calma y paciencia
escudriño el silencio en el horizonte
alzo los ojos en pos del crepúsculo con el soplo
del viento azotando mi cara
ningún sacrificio ninguna muerte ninguna música
ninguna conjunción de los astros mis votos mis
promesas mis plegarias
el júbilo el llanto la ira la meditación la agonía
nada ha servido de nada
sé que no existes pero estás aquí
pensé encontrarte en alguna cara en una mirada
en medio del gentío
en la quietud del campo en el curso del río en el
vuelo del moscardón
traté de inventarte de alguna manera traté de
soñarte traté de escribirte
donde tú no estás me encuentro yo mismo a ti
te sucede lo mismo.

Grave relámpago

Un grave resplandor
en las colinas
el aura de un caminante
en las fisuras del cielo
en las grietas en el abismo
el terror la soledad el olvido
con el frío intenso y nocturno
había que ir en pos de la vida
que brilla en aquella estrella
en la desesperanza
había que escuchar

silenciosamente había que mirar
el grave relámpago
una música en el fuego
un hervor en la ciudad
descendiendo poco a poco
sigo mi camino
en lo hondo del infierno
una llamarada me destruye
el soplo del corno me acongoja
y sombríamente palpita
en lo profundo de mi alma
con el adiós de mi alma
es a ti a quien amo
con el amor del olvido
y con inolvidable olvido
es la luz de la partida
un adiós a quien amo
digo adiós a tus ojos
adiós a tu voz
adiós a tus manos
con un júbilo que me trastorna
adiós eternamente adiós.

Alguien tendrá que llamarse crepúsculo

Persiste el resplandor a lo largo de los años.
Persiste el horizonte en que resuenan y en que
se apagan mis pasos conforme discurre el crepúsculo.
Las lluvias de primavera, la espera que comienza
cuando el año se acaba, y la visión que siempre
aparece;
este cielo de duendes, este cielo de cosas y de

sombras; persiste el caer de la tarde.
Persisten los muertos, las piedras y los cantos;
las nubes y los ruidos y las vidas;
la oscuridad, el mundo y la distancia.
Persiste el resplandor a lo largo de los años.
Pues no puede consumirse sino la verdadera vida
que vive del resplandor que la consume.

Muchas veces al buscar sin poder encontrarte el
crepúsculo me sorprendía a la hora de tus ojos.
Muchas veces me olvidé de ti, quise olvidarme y
recordar, y recordé que tenía que olvidarte,
acordándome de ti por lo mismo que no quería
recordarte
—el crepúsculo me envolvía en tales circunstancias,
perfectamente lo recuerdo.
Yo te confundía con el crepúsculo al confundirme
contigo;
tú me confundías con el crepúsculo al confundirte
conmigo,
y tú y yo nos confundíamos con el crepúsculo, que
nos confundía a ti conmigo y a mí contigo,
confundiéndose contigo el confundido conmigo,
para confundirse conmigo el confundido contigo.
Y muchas veces se confundían en una y misma
persona el crepúsculo y tú y yo,
y otras muchas cada cual se confundía con otras
tres personas distintas,
que con esto se volvían nueve en total, o sea,
cero.

Y no había tal persona llamada crepúsculo,
sino que en realidad no había persona que no se
llamara crepúsculo,

excepto las llamadas tú y yo, que sin embargo
no podían dejar de llamarse crepúsculo.

La canasta de lana

Queriendo sin poder me soñaba en este cuarto
durmiendo y me soñaba pudiendo,
haciendo sonar una canasta de lana para
quedarme durmiendo
y queriendo que vengan que no vengan y que
hagan que no hagan sonar una canasta de lana
haciendo un daño sin querer,
ilustrando una música japonesa que me hace
llorar recordando mas no escuchando,
evocando una escena inevocable que por pura
suerte puede evocarse,
como quien dice:
ahora que esta señora evoca hablando y aquel
señor habla evocando,
como quien dice:
"Ven aquí, lora; hagamos sonar esta canasta de
lana", quedando todos contentos con esta música
japonesa que me hace llorar evocando,
y que sigue ilustrando y sigue sonando y sigue
tocando toda la noche.

La partida

Por tu modo de morir, por ese modo de conocer
yo adiviné,
viajabas en la antigüedad.

Tus ojos miraban mi manera de vivir, mi manera de ser,
tú sabías estas cosas.
Un abandono misterioso, un permanente silencio.
Unos latidos en la lluvia y tú,
en esta húmeda oscuridad, y también mis huesos,
yo siento la pena infinita con que me van a dejar.
Te lo ruego:
cuando mires no me mires.

Te doy encuentro

En los cuartos vacíos la forma de tu cabeza
—en esta calle, el olor del viento,
y tu voz.
Mas yo guardo el secreto.
Abro esta puerta, siempre visible, siempre a mi alcance
—en tu lugar hay un lugar.

Yo no me muevo;
te pierdo de vista,
y te doy encuentro en un punto muerto de la redondez del mundo.

En primavera

Alguna cosa ha de romperse bajo el secreto sol,
mientras la luz se retira del recinto que yo me asigno.
Por qué tendrá que tener una fatalidad cada

música —una voz, una forma, un deslumbramiento.
Cuestiones importantes y graves, rara vez no ve uno derrumbarse las cosas
—y eso que no debería de fenecer lo que nace de por sí.
Pero no se puede reformar el mundo. Es negocio de ponerse a llorar, o hacer no sé qué.

Aquí

En la distancia, en el silencio, en los reinos de la infancia,
alguien lloraba por mí.
Tu antigua mirada ocupaba el espacio, y la eternidad renacía, y la juventud.
Una gota de agua, en lugar de mí.

En la altura

Te miré de cerca, era propicia la primavera en la altura.
Era visible el resplandor en tus entrañas, la revelación de mi afecto por ti,
su causa y secreto
—y cayó la noche.

Una piedra

Buscaré en el confín del horizonte, en la oscuridad del recuerdo y más allá de él,

alguna presencia oculta en mi presencia
—buscaré más allá del miedo y del olvido, y me iré de mí.

Buscaré un tú en algún yo, un mí en algún ti, una piedra.
El que yo no esté importa poco.
Allá me quedaré.

El eco

El planeta que habito fue descubierto por mí, yo conozco el camino.
Un túnel cuya boca se abre
cuando el planeta se cierra.

Con el terror de la ciudad y con el estruendo del eco en la montaña,
me siento aterrado;
cual un animal del tamaño de la ciudad volando en la espesura del túnel,
buscando tres pies al gato.

No va ni viene

Qué pasará con sus cosas. Qué pasará con sus muebles. Es un hombre ya viejo,
con un pie en el sepulcro, y no tiene a nadie.
Y tiene papeles: parece que escribe libros; qué pensará.
No va ni viene, y ni quién lo busque.

En realidad, vive entre cuatro paredes. Es un hombre raro; un inocente
—y parece un condenado.
Alguien que lo vio en el corredor se puso a temblar de puro susto.
Arrastraba los pies y torcía los ojos; miraba con odio, y la cabeza le bailaba sobre los hombros;
maldecía y escupía con locura.
Dicen que su padre era cura, y por añadidura, aseguran que su abuela era bruja
—mejor no meterse.

La ciudad

Con el humo y con el fuego, mucha gente apagada y silenciosa,
en una calle, en una esquina,
en la alta ciudad, contemplando el futuro en busca del pasado
—en las entrañas sutiles el relámpago nocturno,
en el ojo caviloso, las meditaciones se vuelven agonía.

En otra época, la esperanza y la alegría servían para algo —era invisible el paso del tiempo,
y la oscuridad, una cosa invisible,
tan sólo revelada a los infinitos ancianos avanzando a tientas que procuran palparte para saber si entre ellos no estás tú,
mientras procuran palpar a unos niños a quienes creen palpar, no obstante que éstos los palpan a ellos y se confunden con ellos a tiempo de palparte a ti,

palpando a solas un manto de oscuridad que fue tejido con una tristeza sin límites por algún habitante,
muerto y perdido en esta oscuridad transparente que es la ciudad en que actualmente habito yo,
habitando una ciudad en el fondo de mi alma que no habita sino tan sólo un habitante
—y tal una ciudad llena de chispas, llena de estrellas, llena de fuegos en las esquinas,
llena de carbones y de ascuas en los aires,
tal una ciudad en que muchos seres solitarios y alejados de mí, se mueven y murmuran con un destino que el cielo ya no sabe,
con unos ojos, con unos ídolos y con unos niños que ese mismo cielo arrebató,
sin más vida que la vida, sin más tiempo que el tiempo,
amurallados en las grandes paredes del fuego y del olvido, mecidos en el vaivén de las desesperanzas,
llorando calladamente con esta ciudad que se hunde.

Y ningún ángel o demonio en este pozo de silencio.
Solamente los fuegos a lo largo de las calles.
Solamente los contornos helados de las sombras, la calma de un sol que se retira.
El soplo de un alba que por última vez amaneció, el chirrido de las puertas con el viento,
los ámbitos que estallan y que se dispersan, y las formas que se funden con las llamas,
los signos y los cantos,
con una angustia muy recóndita, en el suelo y más allá del suelo,

y la respiración de los muertos, las lluvias incesantes,
el abandono con sabor de pan, en una casa que entre sueños me persigue,
los patios y las gradas, los seres y las piedras, y los corredores infinitos;
las ventanas que se abren al vacío y se cierran al espanto,
los cuartos en que me pierdo y los rincones en que me oculto
—las lóbregas paredes y el húmedo musgo, los confines en los cuales busco no sé qué,
ocultándome del vasto olor de las costumbres.

Ninguna voz, ninguna luz, ningún testimonio de mi antigua vida.
Solamente los fuegos,
inextinguibles aunque siempre menguantes, y tan solamente los fuegos.
El desolado portento del fantasma que una vez se llamó la juventud
—en mi ciudad, en mi morada.

En la ventana

Sabe Dios lo que yo buscaba, quería encontrar no sé qué,
una tarde,
sentía el antiguo momento del encanto, las cosas olvidadas en el tiempo
—los objetos sin forma dentro de mí,
un rastro de ceniza y un pedazo de lacre,

esos nombres inmortales en la memoria.
El ancla, en los botones dorados, y los papeles,
el polvo en el vacío
—el olor,
en unas ropas de niño, unos restos, unas migas
de hace años
—y desde muy lejos, al soplo del aire en la
ventana,
pensé en ti:
en las nubes, un presagio de lluvia era el echarte
de menos,
con tus ojos inexplicables,
y la tarde moría.

Era un color, la ansiedad de los presentimientos;
era una sombra: el adiós,
la noche profunda en la ventana.

Prefiero irme

Ya estoy cansado no quiero hacerme ilusiones
en el país de los muertos estaré vivo
para dejar de estar muerto entre los vivos quiero
irme no me des consejos no me mortifiques no me
digas nada
tu cara me marea tu voz me limita tus gustos me
disgustan tu vida me causa malestar
ándate a dormir con tu cuerpito entre tus brazos
no te necesito para nada
si te pones a mi alcance te morderé si te pones
a espiarme te empujaré
tu sola presencia me trae mala suerte tus caderas

antieconómicas me llevan al descalabro y tus
costumbres también
apártate de mi vista no me molestes tu lengua
será famosa pero me importa un carajo no es nada
edificante me hace perder la fe
déjate de cosas y cositas no me hables ni me
mires no me expongas al crimen no quiero saber nada
contigo o sin ti me estaré y no cambiará ni el
mundo ni la vida
contigo o sin ti te estarás lo mismo que conmigo
o sin mí
prefiero morir conmigo y sin ti antes que vivir
contigo un sin mí
odio el escándalo no grites no provoques el
cuchillo no toques en ti no encuentro la solución
eres buena pero mala eres bonita pero fea
sabrás bailar pero no cocinar no seas así
con tus cabellos despeinados a la última moda
me haces cosquillas se ha hablado se ha visto se ha
pensado se ha estudiado demasiado
por favor no metas bulla no me tengas sobre ascuas
no me digas buenas noches por favor desaparece.

Diciembre

Una llanura en el cielo pasa volando sobre el
camino
—es una suerte mirar esta imagen, sumergida
en mi edad,
perdida en el tiempo, bajo la sombra del agua.

Imagen que no tiene tiempo,
eterna y siempre nueva,

ésta es una imagen.
Como los días, como las noches.
Un acontecimiento, sin principio ni fin.

Ni una palabra

Unos ojos miran con fijeza, el olvido amanece en la penumbra.
Un ruido de muerte se escucha allá, en el hilo de la luz
—en la penumbra,
ni una palabra.
Es la respuesta que guardabas tú.

Decir adiós

Qué pasará en el fondo del abismo —qué será de ti, estamos solos.
Decir adiós
es muy sencillo,
mas el adiós no tiene término.
Es como la vida,
una sustancia del tiempo que se acumula en el tiempo
—de muchas vidas ajenas vive la vida, la palabra adiós no significa nada.
Te quedarás para siempre, eres el adiós.

El encanto

Seguir el camino bajo la tormenta o bajo el sol quemante,
día y noche y con toda calma,
tal vez mejor que volver la mirada en pos del encanto,
cómo será.
Al fin y al cabo, alguien te espera y te quiere siempre
—y tal el olvido, tal el adiós.

Ha sido un fue, siempre una nube. Una sonrisa en la distancia
—y tal el encanto.

Cosas

Me estoy volviendo sordo, me estoy volviendo ciego, mezquino y miedolento.
Desgraciadamente, mis ocupaciones me absorben, no me permiten ganar plata
—escribo sonseras, estoy perdiendo mi habilidad manual,
y me causa una tristeza atroz el pensamiento de la muerte, a esta altura,
cuando vuelvo la cabeza y cuando miro el camino recorrido,
cuando no alcanzo a imaginar la piedra milagrosa que un día sacó al sol el niño que fui yo,
y cuando ni siquiera alcanzo a recordar por qué lo hice
—y me apena haber perdido la memoria.

Hombre sin pasado, sin presente ni futuro,
hombre sin tiempo o, si se quiere, con un extraño tiempo en nada parecido al tiempo,
ya el reloj ha señalado la distancia en mis entrañas —un espacio limitado,
el cuerpo y la sombra. Un anhelo, un abrazo, un bostezo y nada más.

Pero sin embargo hay todavía mucha luz en este mundo. Mucho que vivir en cuanto no se nombra,
y mucho que morir,
en cuanto se conoce con este solo nombre: "Yo sé".
Y se pueden hacer muchas cosas todavía —medir las cosas por medio de la respiración,
los túneles por ejemplo, y los planetas.
Puedes acercarte y puedes alejarte.
Puedes hacer y deshacer, abrir y cerrar, tornar y volver, dejar esto y guardar aquello
—puedes hacer muchas cosas a esta altura.

Las obras

Las impenetrables obras de mampostería son obras olvidadas,
las obras que a lo lejos parecen quedarse más allá de la muerte
son obras que pasan veloces por el camino.

En estas obras, en las obras en que se vislumbran las formas del secreto,
pongo los ojos a la hora del crepúsculo,

conforme subo por el camino en dirección opuesta a la ciudad,
adivinando una presencia que, en simetría con la realidad verdadera,
jamás dejará de ser como lo que es en sí misma,
vista de espaldas.

Mascando coca en el rescoldo, mirando unos caminos que pasan y suben y bajan,
alguien me mira,
sentado sobre una piedra, en la colina —algún viajero, con inmensos años de misterio;
de mirar indiferente, sombrero negro y pequeñas manos
—pequeñas manos y pequeños ojos.

Según el cansancio que me aqueja y según la aspirina que tomé,
esta intensidad de la vida en el abismo que se abre a mis pies
me parece increíble,
no hay para qué imaginar ni inventar nada.
Con mirar basta.

Mientras no se levante

Ese hombre, abandonado, olvidado del mundo y de él mismo,
que yace en plena calle mientras todos pasan y escupen sobre su cuerpo,
así se quedará, mientras no sea capaz de incendiar y de matar y mientras se esté sin hacer nada,

mientras no se levante y haga arder lo que no sirve, no podrá vivir,
las moscas se lo comerán.

Y parece mentira:
ese hombre se está ahí, botado tranquilamente en plena calle y nada le importa
—la lluvia no le importa
el calor no le importa
el frío no le importa
el hambre no le importa
la injusticia no le importa
y tampoco la vida, porque se dejó llevar por un invento que la gente de mala fe ha llamado mala suerte,
y porque no supo pisotear a tiempo esa mala hierba que yo llamo piedad, ese hombre está ahí,
con la boca abierta y los ojos cerrados mendigando entre sueños una palabra de amor,
porque no supo sacudirse el miedo ni supo mearse en el qué dirán, ni supo ser fuerte,
y porque en lugar de mandar al demonio a quienes lo miraban desde arriba y le torcían los ojos, ha mirado desde abajo y se ha humillado,
sin sospechar que lo que querían era verlo botado en la calle como un perro,
por lo que precisamente le torcían los ojos cuando lo miraban.

Y por haber ido a beber y haberse puesto a llorar, y por no haber procedido despiadadamente y no haberse matado de risa,
ese hombre está ahí,

en espera de que alguien se digne darle una mano, cuando no una buena patada.
Incapaz de hacer algo por la patria y por el estómago, incapaz de ponerse la mano al pecho y levantarse y asumir una actitud radical,
el muy infeliz no se sintió capaz de enfrentarse con la ignominia, con el oprobio, con la iniquidad y con la degradación que azotan al mundo,
habiendo visto por conveniente emborracharse y soslayar todo problema, para luego lamentarse, tropezarse, caerse de barriga y hacerse el muerto, con el secreto deseo de inspirar compasión.

Y por eso, precisamente, los rufianes y los simuladores pasean su indignidad por las calles,
mientras los hombres auténticos son mal vistos,
por eso precisamente;
pues él tiene la culpa de todo.

Mirando cómo pasa el río

Llegada la hora hablaré contigo, mirando cómo pasa el río, al lado del río.
Con el perfil de tu frente, con el eco de tu voz, difundiendo mi voz en lo profundo,
en las grandes amplitudes en las cuales el ojo de la muerte ha mirado, conocerás la palabra oculta.
Donde el viento permanece. Donde el vivir se acaba y donde el color es uno y solo.
Donde el agua no se toca y donde la tierra no se toca: donde tú sabes estar, en mi estar invisible,
en estado milenario

—de obras, de olores y de formas; de animales, de minerales, de vegetales en el tiempo.
En el tiempo del tiempo. En la raíz del presentimiento. En la semilla, en la angustia,
solamente tú conocerás la palabra oculta.
La soledad del mundo. La soledad del hombre.
La razón de ser del hombre y del mundo
—la soledad circular de la esfera. El crecimiento y el decrecimiento;
el cierre de la cosa hermética. El cierre hermético de la cosa.
El ingente, el incalculable —el inconmensurable sepulcro indiviso y vacío.

Según estoy persuadido

Todos viven en uno
—yo, tú, ellos.
Todos vivimos en todos, nadie vive ni muere, y cada cual se está por su lado
—pero nadie sabe lo que pasa.
El mundo es una conjetura, según estoy persuadido.
La forma que te atribuyes tú o la que yo me atribuyo es la que él asume.
Movimiento y forma son una y misma cosa,
y no hay tal redondez del mundo,
pero sí una forma que incesantemente se transforma en virtud de los movimientos del tiempo,
los cuales ya se comprimen ya se expanden en las espirales, en las esencias y en las existencias, o en los reinos del caos,

para retornar a la partícula primordial, o para alejarse hacia las regiones de lo increado y lo no creado,
en donde nada pasa por más que pase, y en donde todo pasa por más que no pase;
debiendo de encontrarse precisamente allí la causa última de la forma,
según estoy persuadido.

Cuatro poemas para mi madre

A mi madre, para sus sueños,
y para su soledad compartida
con todas las soledades

Canción de cuna

Cuando las madreselvas
y el recurso de los muertos
te indaguen,
abran en ti aquella grieta melódica,

dale frente
acaricia su acento con luz de niñez
y leve mirada de infanta.

Cuando un trino oscuro y tuyo
veas que es más tuyo,
más incuestionable y obstinado

dale frente
recíbelo con la penumbra
y con el agua.

Que ese trino sea
y muera en ti.

Lluvia

Ese fulgor de las cosas
y su puro y triunfante alcance
es presentimiento
es señal definitiva
de la vida grande y simple.

Los rumores y la línea
y la vida escondida
están frente a ti
en la silenciosa espina
en el insecto invisible
en el confín
y en la huella de la lluvia.

Están al lado del agua.

Tu morada

Si tienes frío
da lugar místicamente
a un manto de fuego
y hazle señas al cielo.

Cuando tengas sed
inventa una esperanza
y arrójala al viento.

Si amas a un niño
haz de él una nube
y cuando venga a ti el suspiro
coge cualquier cosa del mundo.

Verás en ti
cualquier cosa del mundo.

Elegía

Un ser querido
es muy antiguo,
y misterioso
como una piedra.

Tan remoto está de tus sueños
como el propio mundo.

Es infinito y verde,
musical un ser querido.

Cuando hayas conocido
su estar
y lo veas en la virtud
de las cosas

¡serás tú, finalmente!

El escalpelo

Homenaje a la epilepsia

Éstos son cabellos del pequeño epiléptico

Los cabellos del pequeño epiléptico se distienden tenebrosos en los albores de la noche. Mueven sus resinas con términos acompasados, y parecen gigantescas columnas de granito en el glorioso y misterioso ámbito del amor y de la muerte.

En estos cabellos, a los que respeto porque son personas, hay columpios de inexplicable redondez, en los cuales veo la negrura mágica y amada del espacio.

Son los cabellos del muerto en la irradiación de una mano que ha metido sus dedos en el misterio.

El coche de muertos

Hace mucho tiempo, cuando yo era niño, trataron de enseñarme cosas acerca de ciertas cosas. Pero no logré aprender normas acerca de la disciplina.

Un día caminaba ante la ciudad y vi un coche. Me causó mucha tristeza. No sé, ahora, si era verde o azul o rojo, pero durante el transcurso de mi vida llegué a la conclusión de que no tenía color y que simplemente era un coche.

Ese coche que vi un día de mi infancia había yo estado inficionado de no sé qué fuerzas extrañas y no sé de qué extraños conocimientos.

Era el coche de muertos, de acuerdo con lo que me revelara años después el niño epiléptico, a quien encontré en un día de sol...

Este acontecimiento, desde luego, carece de importancia, pese a que el niño llama a un coche cualquiera "coche de muertos".

Un muerto se ha muerto

Los muertos, tal como los vivos, también pueden morir otra vez. Tal la revelación del niño epiléptico, durante una tarde de sol. Los muertos tienen la capacidad de morirse.

El hecho de morir no le priva a uno del derecho de morir otra vez. Ahí está el secreto de la existencia.

Es por eso que los muertos se han muerto.

Por eso es también que, en cierto modo, los muertos son precoces.

La puerta que da ingreso al misterio

Es posible fabricar una puerta, pero no una puerta para que ingresen a una habitación antigua los niños, sino una puerta auténtica para poder ingresar al misterio.

Fabricar un preámbulo de locura, de tal modo que todos los fabricantes de la nada no sepan qué hacer.

* * *

Ese niño, estoy seguro, posee los secretos de alguna puerta que puede conducir al misterio, sin recurrir, pongo en claro, a las irremediables putrefacciones.

Hay una puerta. Esa puerta está abierta para ti, para mí, para todos. Está abierta para las ratas, que te contemplan noche tras noche desde la Luna.

Hay que dejar que ese niño siga con un poco de la puerta del misterio y entregarle algo de sus cabellos antes que desconozca los caminos y las piedras.

(Es ahí donde reside el secreto de la puerta.)

Un fósforo apagado

Un fósforo apagado es simplemente un fósforo apagado. Lo trascendente del fósforo apagado es que está apagado y que, pese a que ya no es, se le llame fósforo.

Pero ese fósforo que está allí, sobre una hoja de papel, está muerto. Eso sí que es importante. Porque lo importante es que esté muerto.

Es el ser, y hay que verlo, allí, tan sustancial como el universo. Como cosa que se integra en las etapas de la nada.

Sudario que resguarda papeles cortados

Es un sudario. Estoy seguro que todos han visto un sudario en su niñez, aunque sea por escrito. Han visto todos en su niñez sudarios y sudarios. Sin embargo, yo he comenzado a congelar los sudarios del mundo.

* * *

De pronto retorno a mi vivienda. Veo un sudario limpio y fresco, pero eso es en broma solamente.

Duermo en sábanas apagadas y lunares, y sueño con los sudarios.

Me cubren, sujetan quedamente mi próxima podredumbre, rechinan sus teas sobre mi cuerpo glorioso en medio de la noche oscura. Luego, en la magia, adquieren vida para envolverme con los animales del destino.

Son papeles cortados por la Luna. Hay que dejarlos allí, donde duermen las mesas vulnerables, todos, todos, las arañas vulnerables, hay que dejarlos tal como están, con la música de sus sudarios de niño.

Los papeles cortados van por el mundo con la llaga melancólica de los adioses.

El alarido profundo

Es solamente un alarido profundo. Viene de lejos. Nada tiene que ver con el vientre, ni con los pulmones o el hígado. Es, llanamente, un alarido ante el cual uno quiere irse, apaciblemente, a la luna, llevando ciertos cabellos de cierto niño profundo. "Un alarido profundo tiene que ser siempre", me han dicho, "el alarido de la humanidad".

Imagen del niño

Su imagen es dulce. Nadie puede verla, excepto el caracol que anida sus pies a orillas del mar.

Nadie puede verla, excepto las arañas que moran donde moras tú y donde moran las memorables máquinas orgánicas de la eternidad.

Nada puede detener su deseo de niñez.

* * *

Es así su imagen. La vida de las imágenes ilusorias de la muerte y de la vida.

Tiene él un esquema.

Ese esquema es la reseña del secreto del amor y de la muerte, aunque el niño ignore amor y muerte, aunque sea vaga omnipotencia en medio de este juicio para practicar homenaje a la epilepsia.

(Objeto muerto y puro para recoger la soledad.)

La catástrofe y las progresiones del ojo con la muerte

Concluye ahora todo. La catástrofe es bella.

Aquí, en medio de la noche, acabo de rendir homenaje al misterioso epiléptico, así, con tanta mansedumbre como una laguna.

Rindo mi homenaje. Calladamente, viene la catástrofe. Los alfileres apuntan al cielo. Será así siempre.

Los ojos se tornan amarillos y se connaturalizan con otras cosas que no son. Ya viene la verdadera vida.

La radiografía

Estos ensueños tales de la niña serpenteando el horizonte.

Eran una sombra caminante lunar —dichosa de agua de viento de mar de ráfaga consternada de olivos musicales.

Una sombra de tumultuosos ojos aventurados en el frío horizontal de tu suspiro claroscuro en la negruzca herradumbre del navío en el valor humano de lo que fuera una vez tu amor a la luz.

En el fulgor de los ángulos poseedores de colinas subterráneas donde nadie respira ni adorna su garganta como adornan sus gargantas los misteriosos seres que salen de las plantas para rogarte un último efluvio de ternura al compás de la tenebrosa humedad que rigen los huevos abandonados en la gradería roja de eso que no era sueño, precisamente, sino un cúmulo de flotadores inmersos en la cuna de tu propio viento.

En el perro blanco que con su presencia te enseñó a rozar las mejillas ayudada de un valor inclinado en la tibia y umbrosa niñez (en el fulgor que ves cuando un médico de pie en el pretil de la raya ambulante hace ademanes sonoros hacia lo que no se ha podido olvidar con el fondo viscoso).

En la hidropesía honda de los locos vomitados, en el silencio abdominal, en el sombrero calabrés de los fracasos que tiene el

mundo cuando te contempla usando su rumor de emblema congelado en las ropas, allá, risueñas hace nunca, cuando duele la espalda y canta un alacrán salido del canto.

En la médula triste de la lluvia cuando las personas se vuelven viajeras sin motivo.

En la voz lejana que ha nacido sin color y a destiempo, el preciso instante en que las troneras eran reblandecidas y deformaban sus perfiles de un principio los varones tañendo un alelí en la concepción pura de los confines.

En los tempranos arrepentimientos de eso que llaman hambre sin motivo, y en lo cerca que se halla un coliflor pundonoroso cuando lo previo se ha mezclado con lo imprevisto, y cuando la seriedad del agua espera conseguir que de una vez las cosas suenen de por sí, sin la ayuda de los rostros que noche a noche contemplas.

En la maraña que dibujaré con este renunciamiento del bosque, en aquella constelación que se ha quedado detenida desde la muerte de la lombriz.

En el ramaje que no es severo cuando lo mira algo que *no es tú,* porque algo que mira tiene que ser tú siempre, y si no es tú no es nada, más que la desolada trayectoria de los que son píos por no renunciar a lo que creen creer.

En eso que no se arrojan, ciegos para verse a sí, y no se entran, y no se hunden, y no se hacen algo que sepan que todos los demás no saben.

En que no se van *sabiendo* que se van, porque los otros se van sin saber que se están yendo.

La desintegración de la melodía y de las ciudades en el sueño forzoso y la arritmia

En el enjambre de cosas siempre vistas, en la arritmia vulgarizante de los tiernos colosos que forjan con el sol la desintegración de

la melodía y de las ciudades, en ese antiguo ensueño cuyo caso fue dado por un oboe alucinado en la penumbra, y cuando no queda nada excepto todo antes de la lluvia general, el sueño abarca graciosa majestad al ver cómo la mujer muerta es para cerrarle los ojos y proscribir el albergue con el pesar que dan algunos pormenores de la melancolía y definen así las cosas que jamás cambiarán de nombre ni de lugar ni de forma

al empuje lejano del viento

al suspiro definitivo de lo inútil

aunque tú seas

o aunque hayas sido semejante a algo que nunca ha sido ni será

aunque te lleven las aguas de tan diversos océanos en el acongojado vaivén de los astros y tengas oculta una amorosa pasión a nada o ruegues a ti no regresar jamás al punto en que el dolor y la soledad son pilares fantasmales de una solución dada, de un nacer conmovido, de una amalgama escondida en los ritmos metálicos, de un trémulo y abismal no ser, ni nada, ni ha sido, ni volverá a "dónde".

Las cosas están atrapadas. Hay un sentido en todo, sí, pero eso ha venido hace mucho tiempo y lo ha atrapado todo. Ha venido desde hace siempre, sin ninguna ni mágica angustia.

Ha venido sin siquiera el temor de haber venido. Las cosas están atrapadas, al abrigo solamente del cielo, al que ascienden sus vapores de cosa muerta, de eso muerto que aún late en el escombro de la antigua carcoma,

de aquel artilugio que navega indeciso

de aquellos cisnes inmóviles que guardan para sí la revelación final

de aquel extraordinario y bello muerto intensamente razonador

del harto conocido arte que tienen los abandonados para dejarse crecer las uñas y los dientes y las vestimentas

del redondo cabello

del melódico vestigio que incluye ángulos por todas partes y ciudades muertas

del eco lejano cuando ya no se va en busca de nada

del ondular ajeno a uno, irrisorio ondular para que las cosas se queden sin llanto.

El viaje de los tilos y las madréporas cuando se reside en el cansancio de las viejas cunas

Cuando se reside en el cansancio de las viejas cunas y todo parece olorecer bajo el influjo de las estampas cavernosas en que te dibujaste una vez, aún rodeada de lava y estrépito cadencioso, ese día me dijiste a través de la espalda y de la sombra que no me vertiese, que no estuviera tanto tiempo alejado de la bruma y de los residuos lunares que me dabas —cuando al pie de la roca, yo le murmuraba a alguien palabras en todo punto insignificantes y tediosas.

(Las cualidades adivinatorias y patéticas, que hacen salir emoción del cuerpo.)

Aquella brutal embestida de la melancolía, aquellos corazones helados que te miran desde ojos inocuos-agónicos, aquellos mensajes profundos esbozados por el peso del cuerpo.

Aquel tenebroso grito, insensatamente apasionado, alternando como líquido sideral, como líquenes abandonados, como último recurso de la sombra, con los otros gritos, con las otras causas de los ruidos, con los otros acicates que se vierten sólo en ti, que sólo en ti vibran, que sólo en ti encuentran acogida.

No sueles acaso pasar con los niños tenebrosos, largas temporadas en los parajes de la angustia, en los propicios, sonoros manantiales. En las sombrías, fugaces cuencas, donde me dijiste: "Hazte espesura, hazte niebla, hazte suspiro de nada, ni de es, ni de ha sido, para verter *tus aquellos,* tus soñados encuentros".

* * *

Caminan en el eco. Caminan oscuramente, como caminan los trances. Caminan desacompasadamente, caminan con esos y angustiosos silbatos nocturnos, portando su alarido, así, mensajeros encumbrados. Caminan con las nalgas, con el pubis olvidado. Pero sobre todo, caminan tan rotundamente que da espanto.

No lo olvides. Caminan forcejeando su ser, caminan como si otro los llevara, caminan terroríficos, plenos, ahuecados, fervorosos.

Caminan como nadie camina. Siguen caminando, acostados a la vera de alguien. Caminan despiertos y dormidos, caminan al revés, caminan a destiempo, frecuentados por raros privilegios.

Caminan como si alguien les dijera: *"No camines"*.

(Con el imán a cuestas, saben y no saben hacia dónde caminan. Pero eso les lleva a la tormentosa, formidable esencia de aquellas sonrisas olvidadas en el plan del río, en el eco que hace no sé cómo el piano y el chelo, en el clímax de un atardecer frío y deslumbrante. Inevitablemente había de caer la noche.)

* * *

Son los inventores de los ruidos, tú lo sabes. Se despiden con un ruido; con un sutil, amargo ruido.

Llevan sus migajas al agua de mar con ruido, y se levantan, y se acuestan, y aparecen con ruido, con el irónico, placentero, profético ruido que hacen los adioses. Son formidables.

Son la forma misteriosa del llanto. Han urdido, sin saberlo, las sabias maneras, oblicuas, universales, eternas.

Las sabias maneras del escondido ritmo, del entrañable estruendo con que uno despierta. Las sabias, mágicas maneras del presentimiento, las nobles maneras del círculo y del cuadrado, las maneras extrañas, invisibles, del paradójico ademán, del éxtasis

vertido, de la congoja vertida, de la súplica interna, del dolido viaje que fulmina.

* * *

Son los descubridores de la melancolía. Son, con su callado terror, precursores de la forma del viaje. Del modo de desplazarse sin nadie ni ellos.

Son vagas y concretas formas, ángeles bestiales, supremos, presuntos, verdaderos, catastróficos, ideales símbolos. Son buenos y silentes, y son, esta noche, universos estupendos, colosales llamados de la nada, vertidos gritos óseos, inolvidables compulsores de tu sonrisa.

La noche

A mi dilecto amigo Carlos Alfredo Rivera

I. La noche

1

La noche con unos cuernos que se mueven a lo lejos

la noche encerrada en una caja que se vuelve noche en aquella cómoda en el rincón del cuarto

mientras que mis ojos y sobre todo el espacio entre mis ojos y mi nariz se transforma a lo largo de una canaleta de dos pisos

me extraña y me causa susto el que haya aparecido un tubo de felpa que se extiende de ojo a ojo y que no me deja ver la noche sino de un modo confuso y fantasmagórico

por obra de una fuerza que ha venido quién sabe de dónde el espacio de mi sueño ha sido dividido por una pared

en este lado no es posible dormir y en el otro lado es perfectamente posible, pero no obstante absolutamente imposible

la pared en realidad no es una pared sino una cosa viva que se retuerce y palpita y esta pared soy yo

con una transparencia nunca vista que me permite mirar lo que ocurre en el otro lado de la noche

con unos espacios en que seguramente se puede dormir al abrigo de los suspiros interminables y dolidos y de los terrores que se alojan en tus huesos y que te causan mucha congoja

el otro lado de la noche es una noche sin noche, sin tierra, sin casas, sin cuartos, sin muebles, sin gente

no hay absolutamente nada en el otro lado de la noche,

es un mundo sin mundo por completo y para posesionarse de él será necesario no poder alcanzarlo

—está a la vera de tu cuerpo

y está al mismo tiempo a una distancia inimaginable de él.

2

A través de los cables de alta tensión que se extienden en el perfil de las colinas y que luego descienden hacia los campos

la noche se difunde con invisibles chispas que a ratos relampaguean en los ojos y en los botones de algunos vecinos que todavía no se han acostado

y que permanecen valerosamente en las puertas de sus casas para presenciar la primera embestida de la noche.

Esta primera embestida tiene en realidad un origen misterioso,

y sin duda surge de los muertos que han muerto en aras del alcohol y que ahora deliran con la visión que les ofrece el otro lado de la noche,

y tiene mucho que ver con los barriles, con los toneles, con las bodegas, y con los ingentes tanques de alcohol con que sueñan noche tras noche unos bebedores que sólo yo conozco,

y que, habiendo bebido toda su vida hasta reventar, se retuercen
en medio de atroces malestares en húmedos camastros y en profundas cloacas pidiendo alcohol a gritos.

Estos bebedores han aprendido muchas cosas y tienen mucha paciencia,

y saben que el otro lado de la noche se halla en el interior de sus espaldas,

y que se halla asimismo en sus gargueros,

los cuales conservan siempre un resabio de alcohol,

lo que precisamente tiene la virtud de atormentarlos sin cesar durante el largo, largo tiempo que dura la noche en el otro lado de la noche.

3

En realidad, el otro lado de la noche es un dominio sumamente extraño,

y es el alcohol quien lo ha creado.

Nadie puede pasar al otro lado de la noche;

el otro lado de la noche es una región prohibida, y sólo podrán entrar en ella los sentenciados.

¿En qué consiste el otro lado de la noche?

El otro lado de la noche consiste en que la noche, simple y llanamente,

se te entra por la espalda y se posesiona de tus ojos, para mirar con ellos lo que no puede mirar con los suyos.

Entonces ocurre una cosa muy rara:

en determinado momento, tú empiezas a mirar el otro lado de la noche,

y muy pronto llegas a comprender que éste se halla ya dentro de ti.

Mas esto, por supuesto, es algo que sólo se da en los grandes bebedores.

Es privativo de los bebedores que, por haber bebido y bebido sin piedad, han estado muchas veces a un pelo de la muerte.

Es cosa que sólo ocurre con los bebedores que han enloquecido a causa del alcohol.

Con los que no pueden estar un minuto sin beber.

Con los que deciden acortar al máximo las horas de sueño —digamos a dos horas—, a fin de tener más tiempo para beber.

Con los que no ven la hora de estallar de una vez con el alcohol y que se regodean al sólo pensar en ello.

Con esos.

Sólo a esos el alcohol les concede la gracia de sumergirse para siempre en el otro lado de la noche.

4

La experiencia más dolorosa, la más triste y aterradora que imaginarse pueda,

es sin duda la experiencia del alcohol.

Y está al alcance de cualquier mortal.

Abre muchas puertas.

Es un verdadero camino de conocimiento, quizá el más humano, aunque peligroso en extremo.

Y tan atroz y temible se muestra, en un recorrido de espanto y de miseria,

que uno quisiera quedarse muerto allá.

Pues el retorno del otro lado de la noche es en realidad un milagro,

y únicamente los predestinados lo logran.

A tu retorno, el mundo te mira con malos ojos;

eres un extraño, eres un intruso, y sientes en lo hondo que el mundo no quiere que lo contemples;

lo que quiere es que te vayas y desaparezcas —lo que quiere es que ya no estés aquí

Y como al fin y al cabo el mundo eres tú,

imagínate, tendrás que tener mucha fuerza, mucha humildad, mucho gobierno,

para enfrentarte contigo mismo

—vale decir, con el mundo.

5

Luego la noche vendrá en tu ayuda

—y tan sólo ahora, a la luz de experiencias aterradoras recientemente vividas,

te serán reveladas muchas cosas simples, al par que difíciles.

Pues si no hay riesgo, si no hay peligro, si no hay dolor y locura,

no hay nada.

El día es para respirar, para saludar, para recorrer muebles y cambiar de sitio algunas cosas;

el día es de oficinas, de dimes y diretes y de gente buena y optimista,

y también de pequeños odios y de carreras de velocidad, a ver quién llega primero.

El día es la superficie del mundo.

La noche no.

La noche es la noche.

La noche, en las profundidades, ha imaginado una broma pesada —pues la noche escribe,

para buscar y encontrar.

La noche propicia para perderse y desaparecer, para renacer y morir, en oscuridades que te hablan y te señalan.

Por eso la luz de la noche es una luz aparte: muchas cosas, muy extrañas,

se iluminan a la luz de la noche

—las cosas vuelven a ser como lo que son, y uno mismo llega a ser como lo que es.

6

Nadie podrá acercarse a la noche y acometer la tarea de conocerla,

sin antes haberse sumergido en los horrores del alcohol.

El alcohol, en efecto, abre la puerta de la noche; la noche es un recinto hermético y secreto,

que se hunde en lo hondo de los mundos,

y no se podrá mirar en sus adentros, sino por la vía del terror y del espanto.

Además, existen ciertas afinidades con lo oscuro; y quien no las tiene, jamás podrá acercarse a la noche.

Tales afinidades prosperan bajo un signo que podría parecer inconsistente al no iniciado;

pero este signo es ya de por sí indicativo, y lo constituye un extraño y permanente temor de caer en el camino.

De ahí que el iniciado en los secretos de la noche camine siempre con cautela,

como si de súbito hubiera enceguecido, o hubiera perdido la noción del espacio.

Y es éste en realidad un caminar en las tinieblas

—es de hecho un caminar en el seno de la noche.

Pues el iniciado habrá perdido la luz para siempre,

aunque, por otra parte, podrá encontrarla el momento que lo desee,

dispuesto como está a pagar el alto precio que se le exige.

Pues para el hombre que mora en la noche, para aquel que se ha adentrado en la noche y conoce las profundidades de la noche,

el alcohol es la luz.

El que su cuerpo se vuelva transparente y el que esta transparencia le permita mirar el otro lado de la noche

es obra exclusiva del alcohol.

7

El que todavía siga habiendo eso que yo llamo la noche y el que todavía uno pueda mirarla cuando le da la gana

es un verdadero milagro

—es algo que yo francamente no alcanzo a explicarme.

Dado el estado del mundo, uno tendría que verse obligado a trepar a la punta del cerro a ver si encuentra la noche.

Sencillamente, resulta sorprendente que hasta el momento la noche no haya sido eliminada de la faz del planeta;

liquidada y abolida para siempre, en aras del progreso de la humanidad y para mayor gloria de la tecnología;

en procura de soluciones radicales para extirpar el mito y la fantasía,

así como también para que la gente trabaje más y no duerma tanto.

Capaz que en una de esas le inyecten a la noche unas cápsulas de láser y le endosen quién sabe qué artefactos de cobalto, para que cumpla una función verdaderamente útil.

Y te diré que no está lejano el día.

La noche pasará a la historia y será como la historia del Arca de Noé y de la Torre de Babel,

siempre que la tarea no les resulte demasiado difícil y quizá imposible, aun a los propios tecnólogos.

¿A quién irías a quejarte, si un día de esos amaneces y te notifican que ya nunca más habrá noche?

Ante tan tristes perspectivas, es cosa de vida o muerte adoptar extremas decisiones.

Lo primero será adentrarse en la espesura de la noche, para siempre jamás.

Si destruyen la noche, ya no te importa;

el espacio de la noche que tú ocupas seguirá siendo la noche; será *tu noche*, en un espacio indestructible.

Pues todo se destruye, absolutamente todo. Pero el espacio es indestructible.

8

Cuando hablo de júbilo y de angustia, me refiero al aprendizaje, y me refiero al conocimiento.

En realidad, me refiero al aprendizaje del conocimiento;

pues una cosa es cierta: no se puede conocer, sin antes haber aprendido a conocer.

Y aprender a conocer no es cosa fácil: duele el cuerpo, duele aquí y duele allá, y duele todo.

Un indefinible malestar se posesiona de ti, y tu cuerpo no es ya el tuyo; es una cosa extraña y ajena.

Y es como una carga que te hubieran impuesto y que tienes que sobrellevar. Así tus ojos. Así tu lengua. Así tu cabeza. Así tú, todo tú.

Una llamarada de terror y de congoja recorre incesantemente tu cuerpo —y eso que tu cuerpo está lejos, muy lejos.

¿Por qué no puedes moverte?

Se diría que no es ya tu cuerpo. Se diría un túmulo allá, en el camino, sin sol, sin aire y sin agua.

Hay que aprender a comprender lo incomprensible; nadie puede explicártelo.

Tienes que *aprender* tu cuerpo. Y tu cuerpo, a su vez, tiene que *aprender.*

Poco a poco, a lo largo de interminables días y noches, comienzas a aprender.

De hecho, surge una cuestión, absolutamente importante: tienes que tener humor y tienes que tener aplomo.

Pues deberás mirar de reojo —nunca de frente. No podrías.

El que hubieras estado toda tu vida en contigüidad con la muerte no te sirve de nada,

y sólo te infunde una falsa seguridad y te pierde,

en momentos de supremo terror, que son momentos decisivos en el aprendizaje,

cuando miras de cerca la muerte y cuando de pronto la identificas físicamente y ves la clase de persona que es,

en momentos en que precisamente no existe defensa ninguna, como no sea el humor y el aplomo.

Pues la muerte es de carne y hueso,

y conviene recordar que, ello no obstante, nada le impide ocultarse a tus ojos y asumir formas engañosas y diversas,

mientras juega el simple juego de la muerte, que principia en ti y que termina en mí.

* * *

¿Qué es ese peso de angustia, de caída y de perdición que te oprime?

¿Por qué el mundo y las cosas del mundo te causan una pena tan honda?

¿Por qué te resistes a llorar cuando te acometen infinitas ansias de llorar?

Alguien hurga en tus entrañas.

Alguien respira con aliento lejano —alguien a tu lado.

Mira de reojo. Allá está, vigilante. Muy cerca de ti, con un soplo.

Es algo extremadamente misterioso. Es una persona, yo sé.

Pero no. No es una persona.

Mira de reojo, con cierto disimulo; ella, la persona.

Y te conoce: no eres tú.

Es una silla, es una mesa, una frazada.

Y es una ventana, es un aire, una pared, un moscardón, que vuela en noviembre.

Y es una cosa como yo mismo, o como tú, que quizá muere, al igual que yo.

¿Qué será?

Yo no sé, pero la conozco.

II. El guardián

1

La montaña con resplandores oscuros en un claro de la noche

con un vestigio de tormenta en algún lugar del tumbado

recordando el dibujo de una taza sin asa más allá del rincón ennegrecido por el humo

con una lata abollada que refleja la manera de mirar y que fatiga y quema los ojos.

La oscuridad interminable en el zócalo que recorre las cuatro paredes de mi cuarto

un poco más arriba del estuco un poco más abajo del empapelado

una raya una señal un amago de luz

una visión que no tiene nada de bueno me asusta y se me erizan los pelos.

Es un hombre encorvado y con ojos relucientes

en el aire espeso y al mismo tiempo translúcido se frota las manos y me mira con pena

es un hombre alto y usa cuello almidonado y corbata de fantasía

se saca los zapatos seguramente para no hacer ruido primero el diestro y luego el siniestro

yo lo veo acercarse al lecho en que yazgo pero soy incapaz de escuchar lo que me dice

solamente veo sus labios moverse y moverse pronunciando palabras y palabras que empero no me llegan

me oprime la frente con huesuda y fuerte mano

me da un rodillazo en la barriga y un cabezazo en pleno pecho

me hurga los párpados con ágiles dedos y con afiladas uñas me rasca la barba y me hace cosquillas

ahora se pone imponente máscara para escuchar mi corazón

muy pronto retrocede un paso y frotándose las manos se desvanece entre las sombras

pero olvida sus zapatos, los cuales para eterna memoria se quedan en mi cuarto.

2

Se presenta ahora un pariente lejano a quien sólo reconozco porque tiene bigote y porque se peina con raya en el centro.

A juzgar por las repetidas venias que hace en una y otra dirección, hay mucha gente en el recinto, aunque yo no la veo.

Y comoquiera que a mí no me hace ninguna venia, ni me saluda, ni me dice nada,

no tengo más remedio que creer que ya no existo.

De repente agarra y se acerca a mi cabecera, y de buenas a primeras me da una bofetada.

Claro que es médico; y en tal virtud, no le faltan razones para abofetearme.

Luego agarra y se pone un mandil blanco, y con gesto desdeñoso me serrucha sin asco.

Y no contento con eso, saca un puñal y me desgarra las carnes, y me tasajea a su regalado gusto;

y después de arrancarme una masa palpitante, picante y vibrante, que parece ser mi estómago,

hunde tamaño cuchillo en mis verijas, y por poco no me corta las huevas.

Y con esto, hace repetidas venias, y se aleja.

3

¿Quién es ése, con cuello de toro y melena de león?

Aparece en este instante ante la puerta, cual guardián del umbral, y no deja pasar a nadie.

Hay sol, hay agua, hay respiración en los aires,

y también hay gente.

Un murmullo de seres que vuelan y vuelan y vuelan se percibe en la atmósfera.

Y este murmullo, que de pronto resuena en todos los ámbitos, y que se torna ya en estruendo,

es sin embargo un silencio más hondo que el propio silencio.

Hay dos mundos, hay dos vidas, hay dos muertes

—eso que llaman lo uno y absoluto no existe.

Hay dos caras, dos filos, dos abismos.

El guardián se fatiga.

Ya no puede más con el sol, y lanza miradas amenazadoras a la gente que pugna por entrar a verme.

El Facundo, un buen carpintero, le presta un sombrero de paja. La señora Anselma le ofrece un vaso de agua.

Un señor, de recia carita, le da un cigarrillo y murmura algo en su oído.

El guardián entrecierra los ojos, como un soñador; cruza los brazos sobre el pecho, con aire imponente;

y de rato en rato, saca un reloj de su bolsillo y consulta la hora,

y luego mira el cielo.

Mas en una de esas, lanza un grito de espanto y se queda como petrificado.

Pues habiendo aparecido en estos precisos momentos una mariposa nocturna,

tan negra como la noche,

en pleno día y bajo un sol radiante,

con una orla de color morado en las enormes alas, batiendo éstas con extraña lentitud,

describe un círculo y desciende poco a poco;

y de pronto se posa en la frente del aterrado guardián,

y allí se queda, para eterna memoria;

como estampada en una tela, o como labrada a fuego en el yelmo de legendario caballero.

4

Este pobre cuerpo, abandonado;

este pobre cuerpo, ido y botado, y bastante olvidado, con una presencia que sólo se deja presentir por la pesantez,

y con patas como palos aquí, y con brazos ardientes y paralizados allá

—ahora no existen ya esos olores extraños y desconocidos, y aun inventados, que te llevaban a los mundos que precisamente querías habitar.

Ahora los olores no son ya sino olores, en toda su verdad,

y sólo pertenecen a tu cuerpo, y corresponden a tu condición humana.

¿Acaso pretendías oler a rosas o a madreselvas, o a ramas de pino,

para que ahora te horrorices y aun te sientas ofendido, ante los olores que expiden tus propias excreciones?

El olor, por otra parte, es un verdadero misterio;

y no estará de más recordar que tanto el nacimiento como la muerte ocurren bajo el signo de peculiares cuanto atroces olores.

5

¿Cómo aprender a morir?

—ha de ser una cosa en extremo difícil.

Seguramente requiere mucha humildad y mucho gobierno. Toda un vida de trabajo y de meditación.

Y si uno se pregunta para qué aprender a morir,

la respuesta surge de por sí:

aprender a morir es aprender a vivir.

Y aprender a vivir es, en definitiva, aprender a conocer;

pues no deberá olvidarse que, para conocer, primero habrá que aprender a conocer.

* * *

En las noches, a lo largo de los años, uno se queda horas y horas, pensando muchas cosas.

Pero en realidad, uno no se queda pensando muchas cosas; la verdad es que uno se queda y nada más.

Completamente inmóvil, mirando el vacío. Y —¿por qué no decirlo?— uno se pone triste, miserablemente triste.

Y lo que más tristeza causa es uno mismo —el estar ahí.

Sin saber qué hacer. Sin saber nada de nada.

Y de repente ocurre un milagro:

el rato menos pensado, empieza a llover, y un relámpago te deslumbra —un sentimiento de invulnerabilidad te envuelve,

con la lluvia.

Y si te dan ganas de escribir algún poema evocador, seguramente no lo escribes;

prefieres escuchar la lluvia.

Pues una voz interior te revela que aquel poema evocador se encuentra en tu bolsillo.

Y ésta es cosa que no te causa el menor asombro, acostumbrado como estás a los prodigios:

en efecto, el poema se halla en tu bolsillo; y lo sacas, y lo miras, y lo lees.

Y de pronto te preguntas quién habrá sido su autor, como si no supieras que aún no ha nacido.

6

A lo largo de los años, tus cosas y tus muebles se envejecen, y se desgastan insensiblemente.

Muchos objetos desaparecen o se rompen, mientras que otros corren una suerte misteriosa, cual si fueran seres humanos.

Un tintero de cristal de roca, que yo veneraba, fue a parar a la policía, en circunstancias extrañas y absurdas;

una pistola automática se quedó empeñada por largo tiempo en una chingana, y habiendo sido redimida por el Forito Cisneros, éste la utilizó para suicidarse.

Por causa de un lente de diez centímetros de diámetro, que en mala hora presté a un profesor, se cometieron varios hechos de sangre.

Unos aparatos de alta diatermia, que producían oscuros

resplandores de color violeta y que estaban empeñados en una botica, fueron recuperados con mi autorización por un conocido mío, quien comenzó a manipular dichos aparatos en forma tan imprudente que cayó fulminado. Actualmente se hallan empeñados en una sastrería y no pienso recogerlos.

Las *Obras completas* de Nietzsche, en doce tomos, salieron de mi cuarto una noche, para no volver jamás. Pues las empeñamos a las volandas a un chofer que manejaba un taxi, y, con el entusiasmo, nos olvidamos preguntarle su nombre y anotar el número del auto.

Idéntica cosa ocurrió con una máquina de escribir portátil, que era la niña de mis ojos.

Referir el destino de mis cosas sería de nunca acabar.

Lo que me apena es el destino que han corrido, y lo que asimismo me acongoja es el destino que correrán todas aquellas que todavía me acompañan.

Me causa alarma el ver cómo se borran los dibujos tallados en las sillas.

El estado calamitoso de una butaca que, por otra parte, ha de tener ya sus buenos cien años.

Me duele el aspecto que ofrece mi mesa de escribir, totalmente cacarañada y deteriorada, aunque sumamente respetable y fornida.

Un velador más antiguo que mi alma y que perteneció a mi abuela, ya sin color, tremendamente noble, soportando todos los embates, los golpes, las patadas y las borracheras.

Sin embargo, la mesa, hecha en Viena, pequeña y con tapa, de mi madre, está en buen estado, aunque con algunos rasguños.

El estante alto y vertical, de palo de rosa, con una puerta y con pirograbados, que me regaló mi tía Esther, está en su lugar; y si algo me fascina, es el desgaste que ha sufrido.

Por lo demás, hay un mundo de cosas.

Una mesa de ruedas, con dos divisiones, desvencijada; un ropero de nogal, en ruinas; otros muebles, con mucha historia, con mucho misterio y con una vejez que asusta.

¿Cuánto valdrán estos muebles? —me pregunto yo.

Pues en realidad, no valen nada; y, en el mejor de los casos, capaz que su valor total no alcance para una ranga-ranga.

Son tristes trastos, vejestorios, muebles pasados de moda

—y por idéntica razón, forman parte inseparable de tu vida, y te da pena dejarlos.

7

¿Cuánto dura la noche?

En realidad nadie sabe, aunque le haya sido asignada una duración de doce horas, por razones de orden puramente práctico.

Lo cierto es que la noche dura en el espacio, mientras que el día sólo dura en el tiempo.

Así se explica el que a toda hora del día, uno encuentre regiones en que la noche mora.

Tales regiones se identifican con el musgo, con el metal y con el viento;

con un silencio comunicativo, que surge de las piedras y que se suspende en el vacío.

Tales regiones suelen encontrarse asimismo en algunos rostros, que se nos aparecen fugitivamente por las calles, y que nos transmiten un mensaje.

Las regiones en que mora la noche, en pleno día, se encuentran aquí, en este papel,

y también allá, en el otro papel.

Y se encuentran en muchos lugares, en muchas personas, en muchos animales y en muchos objetos.

A la primera mirada y aun por el tacto y por el olor, uno puede reconocer estas regiones.

En un talismán de estaño, por muchos años olvidado en alguna gaveta;

en un sobre de color oscuro, con una inscripción que no se lee ya,

encontrarás una región que habita la noche;

en esas piedras del camino, que parecen esperarte y parecen mirarte.

En alguna llave, inservible ya, y venida a menos, que se esconde en tu bolsillo;

en esa cicatriz, que ha aparecido sin saberse cómo, en tu mano izquierda

—en alguna concavidad de tu calavera, que muchas veces te escuece sin saberse por qué,

encontrarás una región que habita la noche.

Y la encontrarás en ese rayo de luz, que se filtra por la ventana,

y que alumbra el vuelo del moscardón.

III. Intermedio

Sucedió una noche de noviembre.

Angustiosamente y con ojos extraviados me debatía en medio del tormento de cuatro días sin sueño,

cuando de pronto se escucharon atroces alaridos y voces y lamentos que llegaban a mis oídos desde lo hondo de un pozo fatídico,

y que dejaban adivinar horrores sin cuento,

por lo que me invadió el terror y me quedé mudo de espanto,

contemplando silenciosamente inmóviles aguas con una negrura reluciente,

que reflejaban formas fosforescentes de personajes depravados, de multitudes ensangrentadas, de ciudades asoladas y de seres enloquecidos.

* * *

No había una estrella.

No había un planeta.

No había firmamento —el cielo estaba en tinieblas.

Sin embargo, hacia el norte, una nube reflejaba el resplandor de la ciudad,

y rompía el espeso manto de sombras.

Y extrañamente, en la esquina del Hospital General, en Miraflores, reinaba una oscuridad total y absoluta;

y era ésta una oscuridad ultraterrena, una oscuridad nunca vista.

Y la gente se reunía en las proximidades, guardando una prudente distancia;

y todos dirigían recelosas y asustadas miradas hacia el tenebroso ámbito

—y a ese paso, cundía el pánico.

El caso es que para terror de los habitantes, el grave prodigio persistió por espacio de largos días;

y tan sólo al cabo de una semana se hizo la luz.

Poco después del misterioso suceso —que en adelante se llamaría *la maldición de la esquina*—,

pavorosos al par que inenarrables desastres se abatieron sobre la población.

Nadie en el mundo podía explicar los acontecimientos que a diario ocurrían;

y era cada vez más difícil controlar a las turbamultas enloquecidas, que se lanzaban a las calles y que provocaban el caos.

En pleno día, el sol se oscurecía y la ciudad se anegaba en un mar de tinieblas.

Estruendos sobrenaturales atronaban en el seno de la tierra, y muy pronto sobrevenía un silencio de muerte.

Mucha gente, que enloquecía por causa del terror a lo desconocido, se ahorcaba.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, incendiaban las casas para procurarse luz,

y saltaban a las llamas y se quemaban vivos.

Al cabo el sol brillaba ya con inusitado resplandor, y con esto, el pánico y la locura subían de punto.

Y así, cada día.

Ora una luz encubridora, ora una oscuridad aterradora, al decir de un poeta que cantaba la catástrofe.

O el calor resultaba infernal y mortal, o el frío alcanzaba el grado sesenta bajo cero,

con lo que miles de personas y animales aparecían como estatuas de carne y hueso decorando las calles.

Así las cosas, de un tiempo a esta parte, unos negros, monstruosos y gigantescos, y con aire amenazador y brutal,

y con campanillas en las orejas, y con manos blancas como la nieve,

habían aparecido en las calles;

y ya de entrada, habían provocado un terror que sobrepasaba el paroxismo.

El hecho es que estos negros transitaban sin mirar a nadie, muy ensoberbecidos y prepotentes,

en extraños vehículos con esferas en lugar de ruedas, que se deslizaban a gran velocidad,

y que emitían vibraciones maléficas y de alta energía.

Y cuando se hacían las tinieblas, estos vehículos arrojaban resplandores que paralizaban,

y luego producían un rugido que embrutecía y que enloquecía, y que causaba la muerte.

Por otra parte, estos negros contaban con verdaderos batallones de esclavos;

y estos esclavos, armados de lanzas y látigos, se desbordaban en todo lo largo y lo ancho de la ciudad,

conduciendo feroces jaurías de mastines,

para arremeter contra indefensas y compactas multitudes, y sembrar el terror y la muerte.

Los negros, con suntuosas vestiduras de raro material y con ojos que relampagueaban en la oscuridad,

vivían en el mejor de los mundos.

Ocupaban espaciosos palacios de piedra, construidos por los indios, a quienes sometían a sistemáticos tormentos;

celebraban bestiales rituales mensuales, para convocar al Negro Cabruja, y con tal motivo hacían correr torrentes de sangre;

se daban sabatinos banquetes de carne humana, en una mesa con capacidad para mil negros;

y se abastecían de fabulosos nepentes y manjares, por medio de aviones que, a su paso, lanzaban rayos y truenos sobre la población.

Y así los negros, como quien nada hace, cometían toda clase de atrocidades.

Por lo demás, existían famosos al par que despiadados tecnólogos entre los negros;

y su único oficio era destruir y matar.

Muchas veces practicaban redadas de niños y de jóvenes vigorosos y sanos;

y los acorralaban en inmensos galpones de la aduana, con objeto de incrementar las reservas de carne.

La verdad es que estos negros no eran negros; y ya de hecho, no pertenecían a la raza humana.

Y como no podía ser de otra manera, profesaban la tecnología por toda religión,

y disponían de una asombrosa diversidad de androides, para programar infinitos y monstruosos desvaríos.

Entre broma y broma, planificaron el confinamiento de la población a túneles que se hundirían en lo profundo de la tierra,

y que serían construidos por los propios pobladores;

intentaron repetidas veces la voladura de los cerros circunvecinos, con explosivos atómicos que, por fortuna, no se activaron;

tenían decidido bombardear ciudades, pueblos y caseríos, para probar el poder destructor de ciertos cohetes nucleares;

y con experimentos demenciales y criminales, por poco no liquidan la flora y la fauna en vastas regiones del Kollao.

Largo sería enumerar los horrores que se dejaban presentir aquella noche de noviembre,

y que se manifestaban bajo la forma de lamentos angustiosos y de gritos desgarradores, que surgían de lo hondo del fatídico pozo,

mientras que inmóviles aguas con una negrura reluciente reflejaban formas siempre fosforescentes.

Lo cierto es que tan horrendas visiones se disiparon poco a poco y terminaron por desvanecerse como el humo a lo lejos.

IV. La noche

1

Extrañamente, la noche en la ciudad, la noche doméstica, la noche oscura;

la noche que se cierne sobre el mundo; la noche que se duerme, y que se sueña, y que se muere; la noche que se mira,

no tiene nada que ver con la noche.

Pues la noche sólo se da en la realidad verdadera, y no todos la perciben.

Es un relámpago providencial que te sacude y que, en el instante preciso, te señala un espacio en el mundo:

un espacio, uno solo;

para habitar, para estar, para morir —y tal el espacio de tu cuerpo.

2

Pues existe un mandato, que tú deberás cumplir,

en homenaje a la realidad de la noche, que es la tuya propia;

aun a costa de renunciamientos imposibles, y de interminables tormentos,

deberás decir adiós y recogerte al espacio de tu cuerpo.

Y deberás hacerlo, sin importar el escarnio y la condena de un mundo amable y sensato.

Es de advertir que miles y miles de mortales se recogen tranquilamente al espacio de sus respectivos cuerpos,

día tras día y quieras que no, al toque de rutilantes trompetas, y en medio de lágrimas y lamentos;

pues en realidad recogerse al espacio del cuerpo es morir.

Pero aquí no se trata de morir.

Aquí se trata de cumplir el mandato; y por idéntica razón, habrá que vivir.

Y tan es así, que no se podrá cumplir el mandato, sino a condición de recogerse al espacio del cuerpo, con el deliberado propósito de vivir.

Lo cierto es que aquel que acomete tan alta aventura no hace otra cosa que ocultarse de la muerte,

para vislumbrar así la manera de ser de la muerte.

3

El espacio que tu cuerpo ocupa en el mundo es igual al espacio del cuerpo en el que uno se ha recogido;

y si esto es así, nadie tiene por qué molestarte, ni importunarte;

en el espacio de tu cuerpo, del que tú eres el soberano absoluto,

puedes pararte de cabeza y hacer y deshacer, y transitar tranquilamente,

libre ya de un mundo de pesadilla, poblado de espectros y de esqueletos que pululaban y te quitaban la vida.

En todo caso, tu morada, tu ciudad, tu noche y tu mundo se reducen a tu cuerpo;

y quien lo habita no eres tú, sino el cuerpo de tu cuerpo.

Pues el cuerpo que te habita, en realidad, eres tú;

sólo que tu cuerpo deja de ser tú,

y pasa a ser él.

Imagínate, el cuerpo que eres tú, habitando el cuerpo que es él,

y que no por eso deja de ser tú.

De ahí el habitante, o sea, el cuerpo de tu cuerpo; y de ahí, asimismo, el habitado, o sea, tu cuerpo.

¿Y qué decir de la honda soledad, habitando el espacio de tu cuerpo?

Hay un echar de menos la soledad, cuando hay alguien a tu lado;

pero, cuando no hay un alma, es la propia soledad quien te echa de menos

—y es como si tú no estuvieras, o como si te hubieras ido, en busca de alguien a quien echar de menos.

La soledad en el espacio de tu cuerpo ha de ser, pues, una soledad muy larga, muy alta y muy álgida

—como esa soledad que uno imaginaba de niño,

con un retrato desaparecido y una rueda inmóvil, en el cuarto oscuro.

4

¿Qué es la noche? —uno se pregunta hoy y siempre.

La noche, una revelación no revelada.

Acaso un muerto poderoso y tenaz,

quizá un cuerpo perdido en la propia noche.

En realidad, una hondura, un espacio inimaginable.

Una entidad tenebrosa y sutil, tal vez parecida al cuerpo que te habita,

y que sin duda oculta muchas claves de la noche.

* * *

Cuando pienso en el misterio de la noche, imagino el misterio de tu cuerpo,

que es sólo una manera de ser de la noche;

yo sé de verdad que el cuerpo que te habita no es sino la oscuridad de tu cuerpo;

y tal oscuridad se difunde bajo el signo de la noche.

En las infinitas concavidades de tu cuerpo, existen infinitos reinos de oscuridad;

y esto es algo que llama a la meditación.

Este cuerpo, cerrado, secreto y prohibido; este cuerpo, ajeno y temible,

y jamás adivinado, ni presentido.

Y es como un resplandor, o como una sombra:

sólo se deja sentir desde lejos, en lo recóndito, y con una soledad excesiva, que no te pertenece a ti.

Y sólo se deja sentir con un pálpito, con una temperatura, y con un dolor que no te pertenecen a ti.

Si algo me sobrecoge, es la imagen que me imagina, en la distancia;

se escucha una respiración en mis adentros. El cuerpo respira en mis adentros.

La oscuridad me preocupa —la noche del cuerpo me preocupa.

El cuerpo de la noche y la muerte del cuerpo, son cosas que me preocupan.

* * *

Y yo me pregunto:

¿Qué es tu cuerpo? Yo no sé si te has preguntado alguna vez qué es tu cuerpo.

Es un trance grave y difícil.

Yo me he acercado una vez a mi cuerpo;

y habiendo comprendido que jamás lo había visto, aunque lo llevaba a cuestas,

le he preguntado quién era;

y una voz, en el silencio, me ha dicho:

Yo soy el cuerpo que te habita, y estoy aquí, en las oscuridades, y te duelo, y te vivo, y te muero.

Pero no soy tu cuerpo. Yo soy la noche.

Las tinieblas

A Corina Barrero

1

Es una línea circular, muy larga, ajena en absoluto
a sí misma,
que separa las tinieblas de las tinieblas.
En el anverso de la mano izquierda se halla el espejo
de la mano derecha.
La mano derecha se desliza y se pierde en su propia
imagen.
Las tinieblas sólo se reflejan en las tinieblas, y de
tal manera, no pueden reflejarse.
Pero sin embargo se reflejan con un reflejo
cualquiera,
por lo que pasan desapercibidas a nuestros ojos.
Pues la mano derecha sirve para encubrir,
y la mano izquierda, para tocar, para mirar y para
conocer.
He aquí que la mano derecha tiembla con las
tinieblas y la mano izquierda es quien la hace temblar.

2

Se apaga y se pierde un reino de luz sobre la tierra,
con espesas sombras en las amplitudes
—en las amplitudes,
donde todo se encuentra y donde todo se pierde.

Es posible apartarse del camino y mirar, en lo
oscuro, las brechas profundas en la carne y el hueso,
y caer hacia lo alto y desaparecer,
en las amplitudes.

3

Con la caída conocerás la penumbra, y con la
penumbra la oscuridad.
Con la oscuridad conocerás lo oscuro,
y con lo oscuro lo que no lo es.
Con la primera caída, te olvidarás de ti, y no
recordarás haber caído.
Con la segunda, que será la primera, conocerás la
tercera;
con la tercera conocerás la segunda, y con la
primera la cuarta.
Mas ninguna será la primera ni la última.
La última será la primera, y la primera la última.
Así conocerás el curso circular,
y participarás de las tinieblas en el vertiginoso
giro del que ya participas,
habiendo penetrado a partir de este momento en las
tinieblas
—nadie te empuja;
nadie te llama.
Nadie te obliga,
pues tú decides
—de ti depende.

4

La oscuridad es menos pesada que el aire; el aire es
más pesado que la transparencia.

En la sequedad se encuentra el secreto de las tinieblas; en la falta de agua

—en la inmovilidad del movimiento;

en la falta de espacio —pues en la misma medida en que la amplitud crece, el espacio decrece.

Así se explica que el hombre, para avanzar cuatro pasos en las tinieblas, debe caminar durante muchos años;

pues un día de tinieblas vale más que mil años de transparencia.

Por eso los hombres amantes del alba, los hombres afectos a la alegría,

comen de todo y no saben nada.

Prematuramente se les arruga la cara y se les achican los ojos;

cambian y vuelven a cambiar, de la noche a la mañana; y cuando resplandecen de alegría,

hacen un gesto.

Por eso los que aman las flores, los que aman la jardinería, los que aman el espectáculo ameno de la naturaleza en general,

carecen de fuerza y no tienen idea de la energía, se vuelven locos y no saben qué hacer,

y, como son incapaces de dominar el dolor,

en realidad no aman por amar sino porque tienen miedo,

cuando creen amar al mundo y cuando no lo aman en absoluto,

y cuando el mundo no los ama y los rechaza y no quiere ni mirarlos.

8

Paradójicamente, cierta paz interior parece nutrirse con un hervor de ira

—con un hervor de ira, con un hervor de júbilo, con un hervor inexpresable.

Con un sentimiento provocado por el cuerpo físico, por este instrumento del vivir,

con desesperanza, con calma, y con mucho dominio y con mucho rigor,

ante el inminente acabamiento de la extraña aventura, incomprensible y pavorosa que se llama vivir.

9

Échase, pues, a esta altura una mirada retrospectiva sobre los años vividos.

Y en verdad se siente uno fuerte entre los fuertes

—capaz de vislumbrar las tinieblas que parecen vislumbrarse y hacerse perceptibles con un soplo en las oscuridades de este cuerpo;

capaz de confundirse con las tinieblas y dar el salto,

asir aquello que se yergue más aquí y más allá de este cuerpo,

con aires de atroz inmensidad y no obstante con ojos sumamente humanos

—con ojos más humanos que los ojos que miran estos ojos.

Con un olor vacío,

con un olor seco y distante.

Con un olor antiguo, inconmensurable, y sin embargo muy próximo.

10

Pues ya las tinieblas se aproximan. Ya el espíritu
de las tinieblas se avecina.
Ya las tinieblas se deslizan, con misteriosa
amplitud en este recinto,
en este cuerpo, atravesando la piel, atravesando las
venas, atravesando los huesos,
atravesando la médula,
con místico ritmo, al conjuro de las metamorfosis y
de las transfiguraciones;
ya las tinieblas se difunden y prosperan en estas y
en aquellas amplitudes,
en las cuales mi alma habrá de morar
—en un reducto impenetrable,
con eternidades de tinieblas configurando eternidades
de tinieblas en lo que dura la vida del hombre
—en lo que dura la vida que mira la vida que vive
este cuerpo;
el cuerpo que las tinieblas habitan,
el cuerpo que habita mi cuerpo;
este cuerpo, la carne y el hueso.
Esto que se mira,
esto que duele y que preocupa,
esto que muere, eternamente.
Este cuerpo.
Eternamente,
en las tinieblas.

Muerte por el tacto

(A modo de manifestarse
estupor ante lo bromista
de la mirada)

I

Olvidó los océanos y las voces
replegado con los demás en el apagado símbolo de los
puentes —hizo perdurar el crepúsculo
al igual que la condición de los afectos al árbol
los ensangrentados
los de largas cabelleras
los forjadores del viento
los que con la impasibilidad de las cosas han depositado
un pétalo
una arena un aire en el arco olvidado de aquella cumbre
los que iniciados en los triunfos de la naturaleza
en las revelaciones de las edades y de las lluvias
anuncian las transformaciones del sonido, figura tuya
—no sé aún quién eres
los que sean lo mismo que los ríos parte vital de las
montañas
los que sean
los que realmente vivan y mueran sin hacer gesto de
desagrado
los que se queden imberbes y también los barbudos
y los barrigones
dignos y naturales cuando el sonido y el viento son

una misma cosa
cuando no existe necesidad de que no haya moscas
cuando no se tiene que pagar para que besen a los delegados y el beso no sea más que beso y no señal torcida hipócrita y atentatoria
cuando el matar no es condenable sino sólo matar y el término con que se designa la acción desaparece
cuando te topes en las esquinas con alguien idéntico a ti y puedas decirle "hola", "ojalá", "tal vez", "recuerda" o "quien sabe"
indistintamente
como si te refirieras a él o a ello o a ellos o a ti
desde la luz hacia la luz
es necesario que escriba una carta para poder ver mejor la luz de las cosas
luego de leerla alumbrado por el antiguo vuelo de mis amigos muertos
es necesario que recuerden todos su amor a la música, su sosiego y su desdicha,
y su propensión a la risa así como las arquitecturas que urdían cuando podían hacer lo contrario
y su lamento, el lamento que ya fue analizado sin usar la sustancia humana,
sin planes, sin palabra ni consulta, pero con ademanes repetidos bajo la mirada
que caía desde un pedestal diseñado en otro tiempo para ensalzar a los mendigos, a los valientes y a los inventores del azúcar y del resorte
y sus proyectos,
los rigurosos alegatos en favor del desquiciamiento, de un antiorden, para el retorno profundo al verdadero ordenamiento
sus conmovedores argumentos para comprender

finalmente el simple significado de la estrella
sus penas tan dignas de respeto
sus venias (te explican el punto de partida de la vida)
encerraban una melodía ingenua y lejana y te inducían a ser más bueno y desentrañar con mayor autoridad los signos misteriosos de las nubes y de las calles
hacían que te vieras tal como eres (tu contenido, las propias venias que jamás harás)
y les intitulabas medida de todo y solución secreta de todo, y surgía de tu sombra una venia destinada a ellos
y les intitulabas "caro destino, gayo amigo".

* * *

Mi soñoliento cuerpo despierta finalmente, y me hallo frente a mis amigos muertos
y me levanto triste a veces porque de haber un muro a mi frente,
de haber una valla o un duende a mi frente,
yo no estaría triste ni pensaría en ti ni en mí ni en ellos
y es así que salgo encorvado a contemplar el interior de la ciudad y uso del tacto desde mis entrañas oscuras
en el secreto deseo de encontrar allá, allá el medio propicio para hacer que el mundo sea envuelto por el olvido
para que el olvido impere en las primeras máscaras inventadas por la humanidad
para que el olvido sea la fuerza motora y suprema y para que del olvido sólo surja el olvido
¡no puedes tener idea del olvido porque no conoces a mis amigos muertos!
y para que en el curso de las edades el olvido llegue a generar la soledad

para ello habrás de estar presente en aquella estrella,
en el rumbo indeciso,
en el caos de la mirada
en modo alguno para determinar, y sí para que se justifique la razón inexorable de lo habido y de lo por haber
de modo que lo armonioso sea siempre armonioso, has de estar presente sin poder saberlo
y yo estaré presente y no podré saberlo pero seremos el olvido y la soledad
porque ya hemos sido olvido y soledad cuando nada sabíamos —cuando no teníamos la noción de la oreja y del dolor
ni sed
yo te anuncio que sabemos y seremos

harto conocido es el continente de aquel o de aquellos o del que hace cábalas con una jorobita
conocemos a las gentes pero sólo tal cual son y no las sabemos tal cual no son
pese a que carecen de la facultad de no ser porque no saben que pueden no ser o ser
las saben en toda su magnitud mis amigos muertos y yo hablo de ellos con seguridad y orgullo
son mis maestros
el que hayan muerto dice que han existido eternamente antes de que yo existiera
su muerte y sus muertes me enseñan que puedo ser no sólo fabricante de azúcar sino marino, relojero, pintor, físico, geomántico y muchas otras cosas
que puedo tener además desconocidas profesiones y que puedo afectar alegría
coma o no.

Todos han alcanzado un nivel suficiente par descifrar los anhelos que formula aquella lagartija
no se deciden a hacerlo
creen que no hay motivo o no se imaginan creer que haya un motivo
por eso se quedan quietos tocando el tambor
prefieren mirarse a sí
solamente se comunican entre sí
no con lo tenue de las cosas
viven cautamente entre sí
no profieren alaridos
ni guardan algo en su corazón
para alabar la sombra de aquel zócalo que gime
su congoja no es grande su alegría no es alegría sus manos no son todavía manos parece que sus cabellos no han alcanzado la jerarquía total
decide tú.

* * *

Yo me escondo de las extrañas costumbres —de la actitud con que no se debe resumir una tesis adorable acerca de las cosas sencillas y perfumadas
soy partidario de las lombrices y de los peces
de las estrellas que cantan
guardo devoción por la mirada de los niños
y me gusta dibujar cuando llueve
y cuando se humedecen mis ojos, me es necesario poder hablar el idioma secreto originado durante el triunfo de las cosas
juzgo conveniente alabar la esencia de aquel anciano y detenerme cuando el ayudante de hornero le hace muecas descriptivas
al animal que pasa fugaz ante la sonrisa de la viejecita del dintel

en fin, adoro las voces claras, los trenes y las ciudades
y por todo lo que digo
adoro mis entrañas oscuras.

II

No me veo obligado a conjurar nada que no deje de tener sentido, ni a conjurar aquello que deje de tener un sentido porque estoy en la noche —solo y callado en busca de mi alma.

Cuando encuentre mi alma, otros serán los ruidos y otros los acicates que me conduzcan a un camino para el encuentro final con el mundo

cuando nada más tenga que mi alma y haya dejado atrás lo inútil, lo que tan sólo deja vivir pero no determina la razón de los caminos —cuando haya cortado mi hablar y sólo mantenga relación cristalina con las cosas
ése será el día en que diga

soy feliz
conmigo o sin mí
que todos hagan lo mismo que yo
y cada uno tome la música
por su propia cuenta
para aniquilar
aquello que está de más

sufren los animales y las cosas y aun las personas —hay mucho que está de más, que gusta y no gusta y yo digo que debiera haber solamente aquello que gusta (para que lo otro haga su desaparición con un ruido que se reproduzca escribiendo la palabra "tric").

No hay que contentar a nadie, ni sonreír a nadie y sí revelar las cosas con un soplo o por intermedio de los árboles o por los animales, que te dan tan espontáneamente la medida del espanto porque cada vez que los miras

con sorna y sorpresa
finges que no los estás mirando
haciéndote el del otro mundo
para disimular tu presencia
esos animales son más expresivos que los animales mismos
simulan no tener medios para revelar
nada necesitan revelar porque saben que todo está revelado y que la revelación solamente cabe en los muertos
por eso
cuando se comprendan muchas cosas por el tacto
incomprensibles para los demás sentidos

se sabrá que todo es lo mismo
y que es sin embargo distinto

las cosas serán tan inmóviles como nunca, las personas alcanzarán una dignidad jamás alcanzada

no habrá palabras y el silencioso mundo vivirá solamente para ser sentido —desaparecerá la maligna diversidad y todo será uno solo

para ser sentido
por uno solo

tu suspiro será la electricidad de la ballena al recorrer el mundo, tu mirada tendrá la jerarquía de tu propia mirada, sí, todo será uno solo

los sonidos, las formas y los colores entrarán en ebullición y se fundirán con el mundo y contigo en una sola cosa

y el tacto tendrá absoluta, lúgubre y alegre

preponderancia
así podrá sentirse uno
como recién nacido
o como recién muerto
al descubrir que tiene manos y abdomen
que tiene el silencio y la dulzura suprema
se descubrirá que el cuerpo es infinitamente humano
y sencillo y no complicado y tenebroso como crees que
ahora es
todo tan distinto entre sí
indeleble
perjudicial para las buenas costumbres
sobre todo para el crecimiento de los niños
todo tan diverso
pudiera ser una sola cosa para que no haya sufrimiento
ante tantas perspectivas
tantos puntos de vista
que pueden enloquecer los animales
y esa sería la mayor desgracia.

Se sabe por comprobación que viviremos siempre en
los otros aunque nosotros no lleguemos a saberlo y en
este fenómeno reside la importancia del tacto porque no
se ha comprobado aún nada y por lo tanto es dable afirmar
cosas increíbles sin riesgo de caer en desgracia ante los
hombres
esto último que digo tampoco afligiría a nadie
lo importante es decir:
creo en el tacto por tales y cuales razones
quién no ha de tener fe en el tacto
aunque para ello sea necesario hacer experimentos con
todo género de esferas

para lograr un grado de delirio y comprobar siquiera
que nada se comprueba
que todo es helado
que no puede haber soledad más irremediable que la
del propio vivir
que esto y aquello te mueven a condolerte de las cosas
que por todo eso no hay para qué
que no hay escape posible y que estás condenado a
esperar lo habido y lo por haber
pero que tampoco podrás esperar por el inexorable y
expectante desgaste de las cosas
te estás yendo burlonamente
pero antes abre algo y ve qué pasa
sacia tu curiosidad
acopia cosas e instrumentos
para aprender gradualmente la vida a su manera nadie
calcula distancias ni dobla apresuradamente una esquina ni
vigila ni viene ni va sin motivo
hay que neutralizar los límites y las limitaciones con
un poco más de perejil
y tener el secreto de los tallos
y conocer el sentido del cuerpo
y hacer que de los volcanes salgan cosas más razonables
e invocar para que el alma esté menos distante —tenga
más confianza en uno
en forma más plausible
con un sutil estruendo
tiene que insinuarse el irremisible objeto de las cosas,
su destino final.
Allí habremos de señalar el rumbo de la codorniz, el
fulgor de esto y de aquello, el rumbo y el fulgor de todo
cuanto ha nacido y está por nacer.

III

Has visto —te has visto— sentado frente a algo pero
no has querido verlo porque quisiste palparte y tu cuerpo
no había —entre ráfagas has visto y no habías— te has
palpado y te acordaste de tus sueños pero no querías saber
y por eso tu tacto no quería nada y no quisiste palparte
para no dejar de creer que todavía no habías.

En este residuo indefenso, en esto que queda de mí,
no creo encontrar nada que interese a nadie
las cornetas gimen
tocadas por el mago oculto
nada tienes que ver tú
ni los tambores
ni los valles negros
que tocan para sí
y por eso vivo para mí, no me importa que mi
presencia aparezca en todas partes —he decidido olvidarme
de mí y del resto de las cosas y de las personas
en tanto el dolor milenario tenga como principio
y como fin las coles con que adorna su olvido aquella
mujer muerta
durante los albores de la mañana diré:
de no haber habido yo no habría habido este aposento,
ni tampoco habría habido esa viejecita que me vendió
una mesa cuadrada con patas torneadas y un cajón donde
se guardan cosas con llave.
De no haber habido yo no habría habido aquella pizarra
ni la bata azul de paño
que se salvó milagrosamente de las inundaciones

ni este encendedor trastornado ni aquel puñal
ni esto ni aquello
es que este caso tan concreto de melancolía necesita
un petardo que haga salir de su aflicción a aquel hombre
dormido, dé una curva y venga a mí para recibirlo con
un brazo en alto y estalle y forje así un sueño al pie del
viento y de la lluvia.

* * *

Nada puede convencerme de lo enfermo que estoy,
mascando lo que no se sabe, pensando lo que no se sabe,
en espera de la revelación integrada por los ríos y la esencia
de la música y por el desaliño de la vida
yo no estoy existiendo
otro existe en lugar de mí pero dentro de mí
y es como lo mirara diez veces
cada una de las diez veces que lo miro.
Estoy cada vez más enfermo que todo, más enfermo
que un colibrí. Los días, las lunas y las moscas aparecen
forjados en la colina pálida que recorre
—deja que esa espada esté en mis sueños,
esté en mis pobres sueños de ángel solitario y jubiloso.

Te tocas y no hay música. Te tocas y súbitamente
sabes que no hay tú, y lo que tocas no sirve más que para
saber que no tocas
lo que tocas no hay,
no es ilusorio porque todavía no has muerto
por qué no has de hablar en serio
y ver si pasa algo en el cielo que siempre es nuevo

si pasa algo en tus manos
y en la superficie de tu carne,
cuando conspires contra la armonía y contra la propia mirada y revientes como un tallo sin haber dicho "a".
El derredor de lo que no hay no podrá más y hará que estés callado y vistas al mundo con un ropaje inmenso y hondo
para que nadie lo vea ni desde el principio ni desde el fin
para que en el albor la rítmica de lo desconocido vuelva los ojos hacia una totalidad ciega y callada
y juzgues perplejo
el que ahuyenten con agua a los perros —justifican jubilosos la vida para que otros duerman
las cosas son contempladas como si no fueran parte de uno mismo
cual si no se fuese un decir más de la vida, uno más con los otros
que también se hurgan las uñas y salen a las calles y miran la vida a través de sus hijos, que a su vez miran la vida como si tuviesen hijos al instante de mirar la vida

te tocas y no hay
tienes miedo —sabes que no habrá
formulas una sonrisa para la vida
y ensayas tu tacto
desconfías.

Todo es movilizado por el tacto desde el principio de los tiempos. El tacto es el mayor milagro porque hace que rueden dos bolitas siendo tan sólo una y se confirma lo yerto por el tacto

de qué te sirve el tacto si estás tan triste
nadie dice que sin tristeza disfrutarás mucho del tacto
sino que estarás más ávido
el tacto al servicio de lo que has tenido y podido
sin que un gesto de olvido te dé la medida del olvido
el tacto al servicio de lo elemental
de modo que nada turbe su uso y beneficio
y tengas al fin algo más concreto que la mirada y la vida.
Se vaporiza el tacto y lo previo y lo sin remedio es mágico.

Yo te digo: te esperaré a través de todos los tiempos. Siempre estaré aquí o allá, estaré siempre tanto en ti como en las cosas
y tú lo sabrás cuando te rodees de la melancolía por el tacto.
Yo estaré siempre: conocerás que estoy, por el tacto; siempre estaré en ti, aunque tú no hayas; porque cuando no hayas, sabrás siempre que no eres.
En la espera de ser estaré siempre. En ti me quedo yo, confiado, y olvido a mí, y me cierro, y me vierto, y amo a todo y renuncio a todo.
Yo me quedo en ti porque así es mágico y porque basta un instante para confirmarme por el tacto.

Recorrer esta distancia

A la imagen de Puraduralubia

I

Estoy separado de mí por la distancia en que yo me encuentro;

el muerto está separado de la muerte por una gran distancia.

Pienso recorrer esta distancia descansando en algún lugar.

De espaldas en la morada del deseo,

sin moverme de mi sitio —frente a la puerta cerrada,

con una luz del invierno a mi lado.

* * *

En los rincones de mi cuarto, en los alrededores de la silla.

Con la indecisa memoria que se desprende del vacío

—en la superficie del tumbado,

el muerto deberá comunicarse con la muerte.

Contemplando los huesos sobre la tabla, contando las oscuridades con mis dedos a partir de ti.

Mirando que se estén las cosas, yo deseo.

Y me encuentro recorriendo una gran distancia.

II

Como el aire nocturno, la fiesta del espíritu ya es cosa acabada,

como la escalera que sobre un muro se apoya para escuchar la palabra es cosa acabada,

como la línea que una vez dibujé y con tu sombra dejaste es cosa acabada.

Como el humo en los braseros con el incienso y con los vapores que se difunden,

echando de menos las voces,

como las luces y los espejos que ascienden hacia los cielos de invierno,

con el olvido de las costumbres y de los seres definitivamente distantes en la distancia,

así las cosas y las calaveras ya no son cosas ni calaveras,

en las ceremonias de invierno ya no se usan.

III

Al contacto del secreto que fluye, del tiempo que se detiene, del fuego que se consume, y del hielo eterno y presente,

todo ojo, toda imagen, arderá en llamas y se quemará.

Toda concavidad en el seno de la tierra, toda oscuridad que descienda, se quedará para siempre.

(Si eres brujo, ríete. Mas si no lo fueses y te dicen que el diablo te persigue, no te rías.)

Con los años que discurren y los giros de estos mundos y las luces recibidas contemplando las estrellas puedo darme cuenta de las cosas.

Toda alma se diluye en las aguas torrenciales con el alma universal.

IV

Los grandes malestares causados por las sombras, las visiones melancólicas surgidas de la noche,

todo lo horripilante, todo lo atroz, lo que no tiene nombre, lo que no tiene porqué,

hay que soportarlo, quién sabe por qué.

Si no tienes qué comer sino basura, no digas nada.

Si la basura te hace mal, no digas nada.

Si te cortan los pies, si te queman las manos, si la lengua se te pudre, si te partes la espalda, si te rompes el alma, no digas nada.

Si te envenenan no digas nada, aunque se te salgan las tripas por la boca y se te paren los pelos de punta; aunque se aneguen tus ojos en sangre, no digas nada.

Si te sientes bien no te sientas bien. Si te quedas no te quedes. Si te mueres no te mueras. Si te apenas no te apenes. No digas nada.

Vivir es difícil; cosa difícil no decir nada.

Soportar a la gente sin decir nada no es nada fácil.

Es muy difícil —en cuanto pretende que se la entienda sin decir nada,

entender a la gente sin decir nada.

Es terriblemente difícil y sin embargo muy fácil ser gente;
pero es lo difícil no decir nada.

V

El odio que el padre que es hijo profesa al hijo que es padre es padre del odio que el hijo que es padre profesa al padre que es hijo.

Todos conspiran contra todos y se muerden y se despedazan los unos a los otros; jamás se mueren de hambre y comen caca, coman o no coman caca, comercien o no comercien con sedas y licores y toda clase de mercaderías,

se ríen del género humano y tallan diamantes, dejan de tallar y se ponen a jugar, ya al dominó, ya a las carreras, ya a las apuestas, toda clase de juegos,

van al campo y navegan a su gusto, viajan en tren, vuelan en avión, comen bizcochos y reparten besos y saludos,

muy ufanos de sus zapatos bien lustrados, de sus cabellos cortados a la última moda, de su tez bien asoleada, y de sus carteras de cuero de cocodrilo.

Se ponen pensativos leyendo los periódicos, suspiran con moderación, tosen con suficiencia y caen enfermos de vez en cuando, con la distinción con que las normas lo prescriben;

y hay que ver el tono que se dan cuando suben al avión.

El aire majestuoso que suelen adoptar cuando hablan de tecnología,
la severidad de su lenguaje cuando hablan de moral,

la elegancia y despreocupación con que se suenan la nariz, esa leve inclinación de la cabeza, esa simpatía, ese no sé qué, con que sonríen,

hay que ver ese raro don de gentes, el empuje, la drasticidad, el talento, el secreto encanto que en todos sus actos demuestran,

y la espiritualidad del gesto; esa desconcertante sutileza con que opinan sobre arte y psicología;

el criterio sabio y la versación acerca del dolor humano, y con qué congoja dan su veredicto;

hay que ver la grandeza soberana en la mirada con que suelen perdonar los errores de los miserables mortales;

la consumada técnica con que mascan y con que tragan las mil vitaminas para mantenerse rollizos y proteger la salud;

la elegancia con que acuden a consultar al psiquiatra, a tiempo de mirar el reloj y ponerse nerviosos —un poco nerviosos, no demasiado, con rictus aristocrático y nobleza en la frente;

hay que ver la gallardía con que se mueven en el mundo y la importancia que se atribuyen en la vida;

la significación trascendental en cada uno de sus ademanes, y, más aún, en cada uno de sus tics nerviosos, por más que no tengan ninguno;

hay que ver las heroicas actitudes, el timbre de ferocidad que imprimen a la voz,

la tremenda osadía en sus determinaciones cuando se mueren de susto, el temblor en el upiti cuando se hielan de espanto,

y los ayes y los íes, los oyes y los úyes, con que claman socorro, en cuanto creen ver amenazadas sus preciadas existencias por algún fantasma,

y las paradas de gallo viejo con que pretenden ocultar el terror que los domina;

hay que ver lo que todavía les espera con cierto demonio cobrando forma dentro de ti,

que los reventará sin asco, gracias a tu mutismo y por obra de tu mutismo.

VI

Presiento un lóbrego día, un espacio cerrado, un suceder incomprensible, una noche interminable como la inmortalidad.

Lo que presiento no tiene nada que ver conmigo, ni contigo; no es cosa personal, no es cosa particular lo que presiento;

pero tiene que ver con no sé qué

—tal vez con el mundo, o con los reinos del mundo, o con los misteriosos encantos del mundo;

se puede mirar a través de las aguas una profunda fisura.

Se puede percibir, por el olor de las cosas y por las formas que ellas asumen, el cansancio de las cosas.

En lo que crece, en lo que ha dejado de crecer, en lo que resuena, en lo que permanece, en lo que no permanece, en el aire silencioso, en las evoluciones del insecto, en los árboles que murmuran,

se puede adivinar el júbilo de un próximo acabamiento.

Las oscuridades devoradoras, ansiosas de devorar —fenecido el término, ya nada será.

Tal vez una brizna, en lo alto de algún lugar, tal vez en lo profundo de algún lugar,

flotando en las últimas aguas.

El resuello, sin principio ni fin, una envoltura para la inmovilidad,

envolviendo el movimiento del círculo que se repite

—no sé explicar, no sé decir en qué consiste el presentimiento que presiento.

VII

En el extraño sitio en que precisamente la perdición y el encuentro han ocurrido,

la hermosura de la vida es un hecho que no se puede ni se debe negar.

La hermosura de la vida,

por el milagro de vivir.

La hermosura de la vida,

que se queda,

por el milagro de morir.

* * *

Fluye la vida, pasa y vuela, se retuerce en una interioridad inalcanzable.

En el aura de los seres que transitan, que se hace perceptible con un latido,

en el viento que vibra con el ir y venir de los seres,

en los decires, en los clamores, en los gritos, en el humo

—en las calles, con una luz en las paredes unas veces, y otras veces con una sombra.

En ese mirar las cosas, con que suelen mirar los animales;

en ese mirar del humano, con que el humano suele mirar el mirar del animal que mira las cosas.

En la hechura de la tela,

en el hierro que el hierro es hierro.

En la mesa,

en la casa.

En la orilla del río.

En la humedad del ambiente.

En el calor del verano, en el frío del invierno,
en la luz de la primavera

—en un abrir y cerrar de ojos.

Rasgando el horizonte o sepultándose en el abismo,

aparece y desaparece la verdadera vida

VIII

En un trasfondo hirviente y vibrante echo de menos el encanto.

En el antiguo silencio de un aire echo de menos el encanto.

En el aislado mundo del que nada fluye, como no sea el perdido encanto, lo que me remite a ti,

echo de menos la horca en que una vez me viera suspendido para mirarte con totalidad,

en todos tus movimientos y pasos

—echo de menos los años, las fechas, los días precisos que se llaman hoy,

los precisos instantes que se llaman ahora —el mañana que ha sido, el ayer que ha de ser,

echo de menos algún dolor que era tuyo, que se reunía con algún dolor que era mío,

que se adentraba en lo profundo de tus ojos

—en lo profundo de tus ojos, en que echo de menos lo profundo de tus ojos.

IX

Con tinieblas y piruetas portentosas emergen los malabaristas de la noche.

A patadas y codazos se abren paso por entre la multitud de anonadados personajes que miran deslumbrados,

sorpresivamente se sitúan en el centro del redondel y ofrecen numerosos malabares.

Se ajustan el cinturón y se revuelcan, con el tropel de caballos enanos que acaban de hacer su aparición, guiñan los ojos y no acaban de revolcarse,

y beben café y comen manzanas, hacen esto, hacen lo otro y lo de más allá,

y es esto lo que hacen, y lo otro y lo de más allá, y no otra cosa, hasta que alguien entrando en escena resuena,

y comiendo ajos el pitazo resuena,

y todos se encogen y todos se inclinan, y se recogen sobre sí mismos y se ensimisman,

en medio del profundo silencio reinante, se encienden las luces, no se encienden las luces, se apagan las luces,

al conjuro de los perros brujos que irrumpen en el redondel con espectaculares volteretas,

la incertidumbre desciende y luego no desciende con los perros brujos,

que comienzan a trotar en toda la redondez del redondel con gran finura de estilo, para salvar obstáculos ya de por sí insalvables,

con gráciles contorsiones y con adecuados y parsimoniosos movimientos,

muy conscientes de la admirable admiración con que los admiradores admirados los admiran,

con miles y miles de ojos que ansiosamente se tuercen y se retuercen en las vueltas y revueltas de un aparato en verdad aparatoso,

de difícil trayectoria, intrincado de verdad pero no disparatado,

Y con el polvo que levantan, y con el aserrín que levantan, y con los caballos que levantan, y con los malabaristas que levantan, y con la basura que levantan, y con los enanos que estos perros brujos levantan,

una señora, de hermosura nunca vista se levanta, y, después de sacarse los ojos y limpiar sus anteojos, luego de lanzar un grito se desmaya,

y todo es algarabía, todo es exaltación, chocolate y alegría, en alborozados corazones, al son del regocijo general,

al ton con que estos perros brujos se levantan, en son de sacarse los ojos, en ton de limpiar sus anteojos, en son de dar un grito y desmayarse, sin ton ni son, al son de universal consternación,

al ton con que un lebrel sale de quicio, en son de ponerse a ladrar, en ton de saltar, en son de ganar la pared, en ton de encaramarse en el poste sustentador de los lebreles, en son de irse con éstos,

en ton de internarse en un mundo incierto y no conocido, hostil, cubierto de abrojos y exento de margaritas,

en son de desentenderse de un hombre terrestre, tan generoso, tan dadivoso, tan cariñoso,

que los contempla con ira impotente y que profiere bufido potente,

con patéticos gestos de asombro, con miradas de poderoso magnetismo,

con cuello de toro y cuernos de diablo, con cabeza de chorlito y espaldas de ursus, con un moscardón zumbando en la calavera,

con mejillas empolvadas y manos enguantadas, que avanza con paso precipitado y desesperado,

que entra y se sienta en el centro del redondel, haciendo señas aflictivas y se pone a llorar,

provocando un movimiento circular a expensas del gentío que, en efecto, se desborda tumultuosamente para rodear al afligido,

habiendo engendrado un redondel con cien redonditos gracias a otras muchas gentes que acaban de surgir de la nada y nada menos,

por obra de las señas aflictivas que hace el afligido antes que por eso mismo,

sino que todos los disfraces y los antifaces, y los capataces, incapaces y capaces lo rodean, todos los ropajes y los maquillajes y los personajes, con los homenajes y masajes de rigor,

los mortales y los inmortales, grandes y chicos, blancos y negros, mujeres y no mujeres, hombres y no hombres lo rodean,

involucrados y no involucrados en las señas que hace, mientras que hace las que no hace pero no hace, que no deshace pero que hace, sino que hace; y es lo que hace.

X

En las profundidades del mundo existen espacios muy grandes

—un vacío presidido por el propio vacío,

que es causa y origen del terror primordial, del pensamiento y del eco.

Existen honduras inimaginables, concavidades ante cuya fascinación, ante cuyo encantamiento,

seguramente uno se quedaría muerto.

Ruidos que seguramente uno desearía escuchar, formas y visiones que seguramente uno desearía mirar,

cosas que seguramente uno desearía tocar, revelaciones que seguramente uno desearía conocer,

quién sabe con qué secreto deseo, de llegar a saber quién sabe qué.

En el ánima sustancial, de la sincronía y de la duración del mundo,

que se interna en el abismo en que comenzó la creación del mundo, y que se hunde en la médula del mundo,

se hace perceptible un olor, que podrás reconocer fácilmente, por no haber conocido otro semejante;

el olor de verdad, el solo olor, el olor del abismo —y tendrás que conocerlo.

Pues tan sólo cuando hayas llegado a conocerlo te será posible comprender cómo así era cierto que la sabiduría consiste en la falta de aire.

En la oscuridad profunda del mundo ha de darse la sabiduría; en los reinos herméticos del ánima;

en las vecindades del fuego y en el fuego mismo, en que el mismo fuego junto con el aire es devorado por la oscuridad.

Y es por lo que nadie tiene idea del abismo, y por lo que nadie ha conocido el abismo ni ha sentido el olor del abismo,

por lo que no se puede hablar de sabiduría entre los hombres, entre los vivos.

Mientras viva, el hombre no podrá comprender el mundo; el hombre ignora que mientras no deje de vivir no será sabio.

Tiene aprensión por todo cuanto linda con lo sabio; en cuanto no puede comprender, ya desconfía

—no comprende otra cosa que no sea el vivir.

Y yo digo que uno debería procurar estar muerto.

Cueste lo que cueste, antes que morir. Uno tendría que hacer todo lo posible por estar muerto.

Las aguas te lo dicen —el fuego, el aire y la luz, con claro lenguaje.

Estar muerto.

El amor te lo dice, el mundo y las cosas todas, estar muerto. La oscuridad nada dice. Es todo mutismo.

Hay que pensar en los espacios cerrados. En las bóvedas que se abren debajo de los mares.

En las cavernas, en las grutas —hay que pensar en las fisuras, en los antros interminables,

en las tinieblas.

Si piensas en ti, en alma y cuerpo, serás el mundo —en su interioridad y en sus formas visibles.

Acostúmbrate a pensar en una sola cosa; todo es oscuro.

Lo verdadero, lo real, lo existente; el ser y la esencia, es uno y oscuro.

Así la oscuridad es la ley del mundo; el fuego alienta la oscuridad y se apaga —es devorado por ésta.

Yo digo: es necesario pensar en el mundo —el interior del mundo me da en qué pensar. Soy oscuro.

No me interesa pensar en el mundo más allá de él; la luz es perturbadora, al igual que el vivir —tiene carácter transitorio.

Qué tendrá que ver el vivir con la vida; una cosa es el vivir, y la vida es otra cosa.

Vida y muerte son una y misma cosa.

XI

Una distancia recorrida, una ciudad deshabitada. En una ciudad perdida,

una ciudad habitada —nunca hubo tiempo.

El reflejo de la lluvia, una lluvia.

Un saludo, una seña —te saludan y se van.

Una música escuchada, un olvido —un olvido y no sé qué,

un trance de inconsciencia,

un olor,

una mirada

—qué recuerdo no se hunde, qué recuerdo no refluye.

Y eso es todo.

Nada ni nadie se queda; es uno mismo.

Todo se queda con uno, y nada se queda

—la sustancia, la tierra. Lo que no se toca, lo que se toca,

lo que no hay,

todo es y se queda.

Lo que ha sido, lo que es, lo que ha de ser, no hay tiempo

—no hay nada —todo es.

No te duelas

—no te duela nada.

Nunca hubo tiempo; nunca ha sido nada; el humano todo lo tiene

—cosa grave es la esperanza.

Decir adiós y volverse adiós,

es lo que cabe.

XII

Qué mano habrá sido tocada por esta mano.

Qué boca habrá sido besada por esta boca.

Qué ojos habrán sido mirados por estos ojos.

En medio de qué caminos, en medio de qué oscuridades, me habrán mirado estos ojos.

Dónde habrá sido encontrada esta mano por mi mano; cuándo habrá sido revelada esta mano por mi mano.

Qué día, qué hora, en qué lugar habré encontrado este cuerpo y esta alma que amo.

En qué misterioso momento habré encontrado mi alma y mi cuerpo para amar como amo esta alma y este cuerpo que amo.

* * *

Este cuerpo, esta alma, están aquí.

Yo soy y estoy en esta alma, en este cuerpo, en esta alma que amo y en este cuerpo que amo.

Por el modo en que respiraba, en lo invisible y recóndito encontré esta alma.

En el modo de mirar y de ser de este cuerpo —en el modo de ser del ropaje,

en el modo de estar y no estar, oscuro y sutil del ropaje, encontré el secreto,

encontré el estar.

Con un ruido que resuena aquí, con una antigüedad muy remota

en esta distancia,

cae la lluvia;

con un hálito de luces y de sombras, en que poco a poco se pierde este país ilusorio

—con un canto y con un pálpito,

con un sueño muy profundo, duerme este ser, en los resplandores de un limbo,

en los resplandores vacilantes de un limbo.

Desde muy lejanos sitios, desde muy hondos espacios,

con el soplo de júbilo en que el mundo se mece,

llega un aire

—a la hora última en que llega este aire, cargado de presentimientos.

A la hora final del encantamiento, en que el mundo se hunde en algún lugar,

más allá de la pared,

en que yace este cuerpo que amo,

en que yace esta alma que amo.

Más allá del más allá de todos los caminos,

en que trasciende el olor de este cuerpo que amo,

en que trasciende el olor de esta alma que amo.

Visitante profundo

A mi madre y a mi tía Esther,
y a mis amigos muertos

Tu grave alegría discurre en
un trance de antigua navegación

I

1

Este visitante profundo habita en el vello y en las trompetas, decora una penumbra.
Vaga por los acordes y los perfiles diversos y aquí, en la ventana y allá, en el monte de la suprema finura,
este viajero me contempla, inexplicable,
se esconde en el olor claro y denso de las luminarias
y en aquellos tejidos que dibujó el olvido
—su mirada de piedra lisa y lavada
no suele posarse en el don de la vida,
sus ojos y aires y su bastón profundo cantan vapores nocturnos a las esferas grises
y mueven desde abajo y desde lo alto los flujos y los contornos de una broza de los sueños
que nuestro paso aplasta rítmicamente.
Una llamarada se cierne en las pláticas y ensombrece la borra de vino,
y anuncia la llegada de un muerto a los quehaceres matinales

—miedoso de la luz, el muerto de orejas de oro y cacao
tiene el tórax grabado en la memoria,
lágrimas tan hermosas como las arañas
y las manos dispuestas en su sitio,
entre la quietud de los salmos.

2

Me voy al bosque de hojas amarillas y quebradizas
a ver lo que entraña la vida, la infancia del tiempo y el instante de luz
—al destello del sol conoceré las sonrisas y las volteretas
y caminaré con los ojos cerrados,
orientado por la fragancia de las transformaciones y de los fuegos
—y llegaré al horizonte cuando la muerte se esfume.

En mi sueño de vida,
han de ser la alegría y el eco un juego nocturno para las abejas y un alimento para mí
y al mirar en mis ojos la transparencia jubilosa, exclamaré:
"De lo desconocido vivo y le ofrezco mi gratitud
posada en el mar".

3

Del modo azul con que envuelves el mundo,
el modo azul en que lo amas.
Estoy entristecido, y enamorado de tu modo azul —del modo azul de estar que esperas a que yo pueda vivir y morir aquí en el mundo.

Del modo azul en que la idea te conduce al alba del
gesto —percibes el estruendo que vives y lo explicas e
interpretas a tus semejantes y a nosotros
en el borde del agua y el oído atento a las claras
revelaciones de una trompeta transmutadora del deseo de la luz
en una llanura de vivas arenas y el latido al compás
de la rueda que presagia la idea-niño y la primera y final
virtud del suceso.
Del modo azul en que congregas tu pensamiento
—el modo azul dispuesto por ti en aquel esbozo lunar,
cuando un día ofrendó el hombre su sonrisa al universo.

De anterior época a mi origen sólo conservo de ti el
temor de nacer y hacer nacer, y el de estar muerto y que
otros mueran o estén muertos,
porque —extraño caso de olvido— ya no sé de tu
remota enseñanza
ya no sé de lo que me infundieras ni lo sabré, aun
muerto;
es un extraño caso de olvido, modo azul,
y nos bambolearemos hasta que tus semejantes y
nosotros y nuestros semejantes y tú pasemos a ti
con la sola semejanza para descifrarte viviendo y
muriendo.

Cuando nos permitas a este bello mundo y a nosotros
vulnerarte
y finjas tropezarte o estar dormido y simules haber sido
visto o hagas entender que alguno vislumbró una partícula
tuya
y con un relámpago enciendas el espanto y el asombro
en nuestro mundo,
volveremos a mirar del animal, del muerto y del vivo
y de la naturaleza de nuestro mundo,

y nunca más olvidaremos. Será la redención, modo
azul.

El músico y las escopetas, lo liviano, lo pesado y la
sombra, los apodos, el algodón y el calambre, el odio, los
estafadores, la urraca, la edad y los candados, la ortografía
y el café y los mentirosos, la pulga y el marfil, el número,
las abejas, la visión y yo, la cola, el oro y las repisas y los
achacosos,
esperamos la señal ansiosos por fundirnos y proseguir
el diálogo contigo, modo azul.

Que se alarguen los días y las noches sean humeantes
y los moscardones tengan una vida llevadera.
Que esto sea, y sea mucho más
—que el hombre deje de ser un protegido del animal y
alcance lo humano, lo alto y lo sencillo
—que la lana no le sea arrebatada al animal y se deje
a cada cual estarse tranquilo.

Ahora se escucha un grito, proferido quién sabe por
qué;
no es grito de hombre ni tampoco de animal, pero
es un grito de cosa
—su origen se halla aquí y parece ser inadmisible
—modo azul, yo estoy entristecido y perplejo por
siempre.
Es mi intención dejar de verme y no saber nada de
mí, y me comeré, si no pudieras hacer por ser visto.

4

Nadie ama y las cosas son las que aman,
cuando miro el mundo y los vientos late suntuoso mi

corazón en la congoja
—veo los seres solos y ajenos al mundo, exploro y me aventuro por ellos al nacer
y no aman ni se quieren estar, transitan y yo soy su solo amigo.

Desde la soledad me aman las cosas, en este páramo yo me lamento por no escuchar tu suspiro
y no ser agua para mirar el sonido,
y me lamento por lo caviloso que me pone el amor que me tienen las cosas;
escucho el murmullo con que ellas se aman
y se pierde en los huecos que dejaste a tu paso.

En la inmovilidad me escondo
y te aferras a mí, y me muevo y te vas
—y se sonríen las cosas, el corno y la trompa, y cantan canciones
y me aman con una gran hambre:
no es necesario vivir, pero es necesaria la vida
—digo.

5

Como el día alimenta unos sueños estériles y lastima tu naturaleza angelical,
has de partir en pos de la noche
—y yo te diré que ella suele pedir, como un mendigo, toda la vida:
raramente se conmueve.
Pero tú, con tu tierna manera increíble,
eres comunicativo y la conmoverás en aquella claraboya, si le dices:

"Quiero la muerte, pero no morir"
—y los que descansan alejados del fuego escucharán la palabra estremecida de tu vuelo
y no querrán saber que están muertos al ver que te habrían amado.
Y de tal modo conocerás las imaginaciones de la noche
y lo indecible de muerte en tu forma,
el júbilo mío: estoy de pie y con un fuego en las manos.

(De noche tu ropaje con unos vivos de color blanco refleja una música de ciudades y de soles y deja mirar un otro, denso ropaje que hace vibrar los puentes y ocurrir los viajes, y hace que se quede la noche en tus ojos.)

VI. Como una luz

Llegada la hora en que el astro se apague,
quedarán mis ojos en los aires que contigo fulguraban.
Silenciosamente y como una luz
reposa en mi camino
la transparencia del olvido.

Tu aliento me devuelve a la espera y a la tristeza de la tierra,
no te apartes del caer de la tarde
—no me dejes descubrir sino detrás de ti
lo que tengo todavía que morir.

Eres visible

Permaneces todo el tiempo en el olor de las montañas cuando el sol se retira,

y me parece escuchar tu respiración en la frescura de la sombra
como un adiós pensativo.

De tu partida, que es como una lumbre, se condolerán estas claras imágenes
por el viento de la tarde mecidas aquí y a lo lejos;
yo te acompaño con el rumor de las hojas, miro por ti las cosas que amabas
—el alba no borrará tu paso, eres visible.

Bruckner

1

En este páramo las cosas no tienen nombre.
Transita el caminante con el cuerpo dentro del cuerpo en el país de las cosas,
en que sólo existen las cosas por el ansia de aniquilar,
con silenciosos muros,
con apagados fuegos,
con heladas aguas que sólo existen en cuanto ya no existen,
con montañas graves en el horizonte,
que se hunden en la lejanía de los cielos, que se hunden en la indecisa transparencia del planeta,
que sólo existen en memoria del crepúsculo,
que se acaban con la inconmensurable duración de un crepúsculo que ya no existe.

2

Del derrumbe en que se derrumba toda cosa,
confluye toda cosa en lo diverso y en lo solo,
con sordos estruendos,
con aires inmutables,
con signos que se transfiguran al conjuro del ánima,
al soplo del ánima,
al rugido del ánima,

que en lo oscuro ha liberado el Extraño,
que ha conspirado con el Extraño para penetrar en la obra de la obra,
que en lo oscuro se inclina sobre la obra y hace y deshace la obra,
para desentrañar la revelación del júbilo personificado.

3

Conoce este hombre la vida del júbilo,
ha vivido el instante que dura la vida del júbilo,
ha sido la forma corpórea del júbilo aniquilador.
Sus ojos lo han visto. Sus manos lo han tocado —y por eso este hombre sabe.
En lo interior del tiempo discurre el tiempo a partir de la revelación, y por el júbilo se mide,
al igual que la obra.
Así la obra en que vive el hombre es la obra;
y por eso, el hombre en que vive la obra no es la obra.
Así el hombre se hace en la obra;
es el hombre quien deshace la obra para hacer al hombre, o sea, la obra.

4

Y tal el hombre que hace y deshace la obra y el hombre, el cual hace la obra.
Con cara de brujo, con la cabeza pelada y con la nariz arrugada, como si estuviera oliendo no sé qué,
en un gesto de profundo desagrado,
en patética y abierta simetría con la boca, como si esta boca, ella sola y por sí misma, estuviera asimismo

oliendo no sé qué,
con pavoroso aire de humor encubierto en la cara de santo que encubre una cara de diablo,
en que se mira la burla que se mira a sí misma con aire de burla,
asumiendo un aire infantil con tamaña corbata que sobre el pecho reposa,
cual ave nocturna guardando la clave de una magia nocturna,
y que, en violenta disonancia con cierta pulcritud en el conjunto,
se tuerce inopinadamente,
en alarmante consonancia con el carácter de este hombre que sigue su camino,
con el ángel a la diestra y con Satanás a la siniestra,
con infinitas contradicciones por las cuales el círculo se cierra y la síntesis se da,
por gana soberana del hacedor afecto a gobernar lo ingobernable, nada afecto a razonar,
con el ojo puesto en las fisuras del tiempo, en las fisuras de la verdadera vida,
escudriñando en honduras que se difunden más allá del eco,
escudriñando en los confines de la niebla,
vagando en inmensidades que sólo él puede señorear, con el hierro, con el fuego y con el hielo,
buscando una respuesta,
con angustia suma, con dolor sumo,
llevando a cuestas la desesperanza del mundo.

5

Y de tal manera, quiso jugar una broma pesada,
con el hacer una música, con el morir una música,
con el ser una música,
incendió la transparencia del sucedido y creó una
creación,
iluminando la naturaleza del mundo y del hombre,
iluminando formas invisibles y recónditas,
en lo oscuro
—siempre en ásperas y vacías y resonantes estancias
de lo oscuro.
En cuáles precipicios,
en cuáles parajes,
en cuáles orillas, de malestar y espanto,
con resplandores cada vez más distantes:
él sabía.

6

Iba y venía, de aquí para allá, en el estar,
cuidando un poco el estar, y otro poco la vida y
otro poco la muerte,
manejando un cuchillo de doble filo que guardaba
en el bolsillo, en otro bolsillo muchos papeles,
entonando aires meridionales, de amor, de sueño,
y de suave esperanza, de hermosura y de adiós,
trasmontando en la idealidad las montañas y
aspirando largamente el efluvio del Mar Interior,
con una ventana siempre abierta a los presagios,
mirando con ojos deslumbrados el tránsito del Nibelungo,
contemplando en el horizonte aquellas lejanas
tierras del sur

—muy lejanas, y aun inaccesibles para él, con un
íntimo adiós a la hermosura de un venturoso existir,
y por eso mismo, no quería moverse de su sitio,
tapiadas que fueron en una pared las cosas de esperanza y
de ansia,
en calidad de ilusiones,
y prefería no alejarse del recinto, suspendido en
el tiempo,
con emanaciones y con vapores y con hervores en la
materia del júbilo,
comiendo manzanas italianas en la oscuridad, con
dientes ya gastados por los años,
pelando y cortando las manzanas con toda placidez,
con aquel cuchillo que brillaba en la oscuridad,
mascando lentamente y gustando hasta lo último,
callada la boca y siempre a partir de la corbata
—a partir de la torsión de la corbata, si se quiere,
en oculta simetría con la textura de la tela del gabán,
de engañosa suavidad a la altura de los hombros que se
borran,
que señalan el conjunto corporal y la hechura del
gabán con una curva,
en sincronía con la carne y con las arrugas de la
carne,
en sincronía con la holgura del cuello almidonado
y con la ruptura de la curva,
en que trasciende un antiguo candor escondido para
sustentar esta cabeza, este gesto, esta imagen, este mirar
de difunto,
en oscuras y profundas amplitudes.
Más arriba del aire y más abajo de la tierra
—en la desnuda morada en que el señor del júbilo
habita.
En la morada circular y angular en que el liberador

del hacer habita, en que el hacedor del hacer habita,
en el filo de la sombra
—en la arista en que se acaba el camino y en que se abre el espacio,
en que la música del músico se encuentra.

En el estruendo aniquilador que precede y que sucede a la aniquilación,
en que fluye la música con despiadado amor por el mundo,
en que la música del músico se encuentra.
En la abrupta pendiente en que la pendiente se hunde.

El frío

Tiene un olor de antigüedad,
es el de los adivinos
—y en el aire,
cuando se cierne la noche,
un olor de juventud,
que se ha desvanecido
junto con el día

3

¡Qué enigma, qué terrible enigma encierra la temperatura!
Tan sólo después de conocer el frío de la luz llegué
a saber que tu presencia será mi última y definitiva morada
en el frío de la luz,
en ese frío,
allá donde la seductora luz de este frío seguramente se hace visible con tu presencia,
pues poco a poco me voy alejando del fuego y no aspiro al retorno,
yo no aspiro a la redención
—solamente me guía la fe en el estado puro y primitivo del hielo,
muy grande es mi amor por el frío, ignoro el retorno del fuego
y junto al hielo me quedo, en una reluciente arista.

5

Solamente cuando miro tu cara
puedo darme cuenta de lo extraño que había sido el olvido
—tu cara es como el olvido.
En ella reflejan su carne viva y su espíritu los habitantes,
en ella se configura el genio de la ciudad y solamente
cuando ha caído la noche reconozco su gesto,
yo no sé cómo será en el día,
dudo que seas tú una realidad bajo la luz del sol,
con ese fugitivo paso en la espesura de las sombras
atravesando el cristal del frío,
perdiéndote en lo profundo de la ciudad mientras yo te busco,
ocultándote de mi vista y alejándote del infierno en
el que noche tras noche creo poder encontrarte,
y mostrándome con una indecisa mirada el rumbo de
aquél, cuando yo te miro y te pierdo de vista a tiempo
de seguir la dirección de tus ojos.

6

Tú, que siempre apareces en el invierno, año tras año;
tú, que te pierdes
y pasas por las calles, y sin quererlo me enseñas a
vivir y me ayudas a morir,
tú eres el frío, eres tú la ciudad, es tu presencia una
música con la virtud de escucharse tan sólo en el olvido:
gracias a ti aprendí a decir adiós,
y sin ti no habría podido hacerlo tal como lo hice,

tan de viva voz frente al destino;
y tampoco habría podido conocer el verdadero frío y
adentrarme en él,
y dejar de temerle,
sin ti
—(porque era ya hora de aprender a ser viejo, después
de todo).

7

Tu nombre está escrito en el frío,
el frío es tu nombre en la transición, en el secreto,
en lo repentino, en el ruido,
en una brisa a los cuatro vientos resuena con la callada
belleza del coleóptero,
y aun resuena con el nombre de un cataclismo
—está escrito de tal manera, que no lo conozco.

8

Y tan sólo te conozco en un hálito,
como la solitaria forma del frío en que te escondes
cuando me busco en ti y me pierdo dentro de ti,
ansiando conocerte cada vez que te conozco al encontrarte
y perderte a ti.

Caer al abismo contigo, eso sería vivir la verdadera
vida;
me atrae la muerte que yo miro en mi búsqueda
de ti.
La ciudad no será una realidad mientras dure mi
búsqueda
—detrás de la ciudad te escondes tú.

9

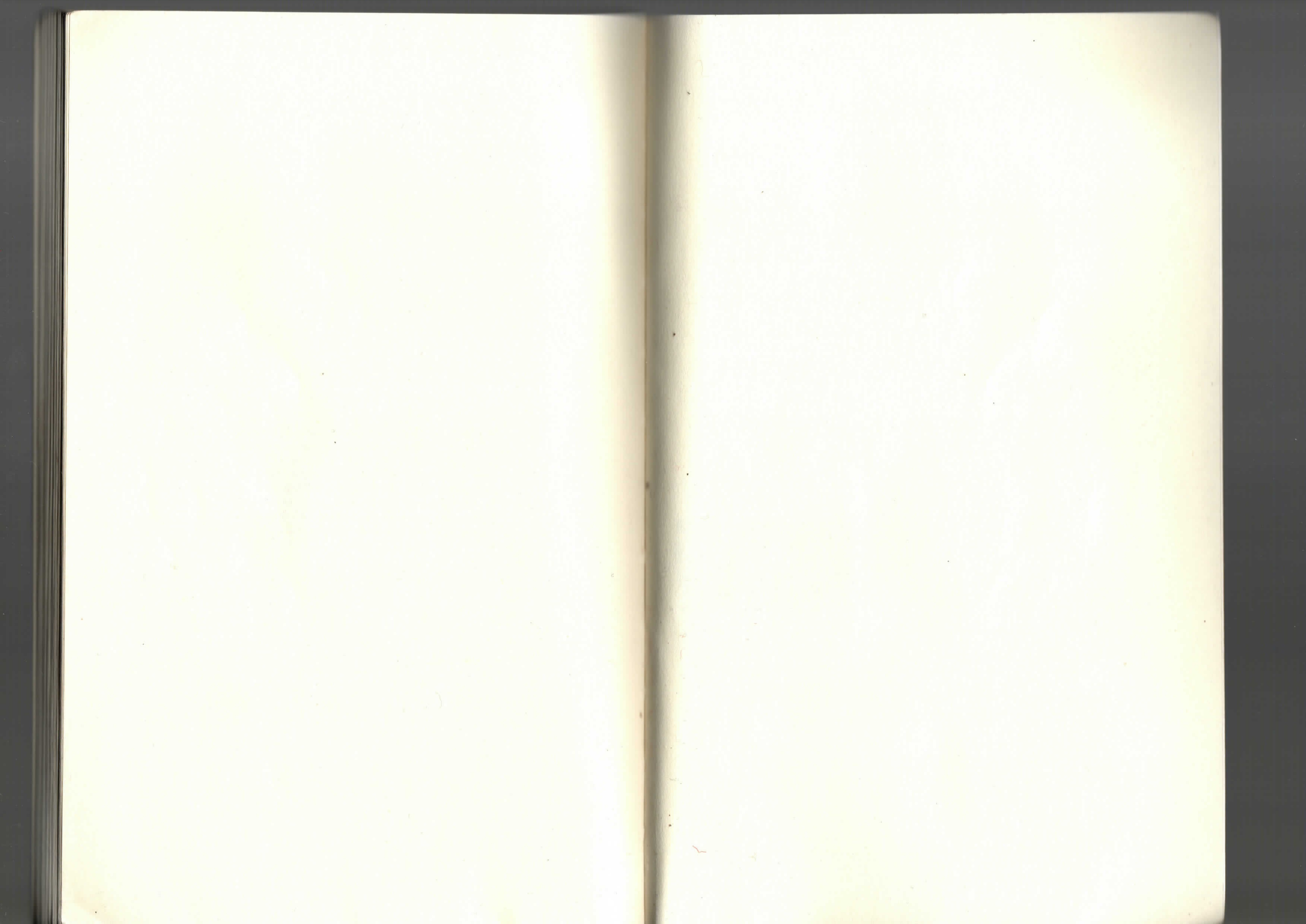
(Un sendero desciende de lo alto
conduce al camino real
yo miro una gruta y más allá el vacío,
en el aire de los arbustos bajo el resplandor de la mañana quiero quedarme suspendido
y no saber nada del camino real,
quiero quedarme,
en el vacío encuentro tu voz y presiento tu sombra,
con tu presencia inimaginable,
con tu presencia soñada en la aventura del día, en el olor del mundo,
en el cálido adiós que el mundo murmura con los insectos y las aguas,
quiero quedarme para siempre y esperarte en el sendero,
allí la luz que te devora me deslumbra, espesa humareda, confusos ruidos, chispas en el cielo,
silencioso tu paso,
todo viene de golpe
y tengo frío, un ansia de evocar para ti algún lugar vacío en la naturaleza
—yo desciendo por el sendero y no quiero mirar el camino,
la frescura en las nubes me impide quedarme dentro de mí, el aire distante y mis ansias.)

(Me apena un deseo, el de caminar junto a ti y respirar junto a ti y es triste el asombro,
la fugacidad en que te quedas y te pierdes,
y tu aparición en ese aire de luz, el que pasa por mi lado,

el que habla de la distancia y del horizonte en un declive del sendero,
el que se desvanece en infinitos límites en las piedras, en la nada,
en donde me sorprendo a mí,
aquí,
con el anuncio en algún lugar en mí, el que corresponde al secreto y la permanencia,
en vida y muerte,
que ha de llamarse “aquí”.)

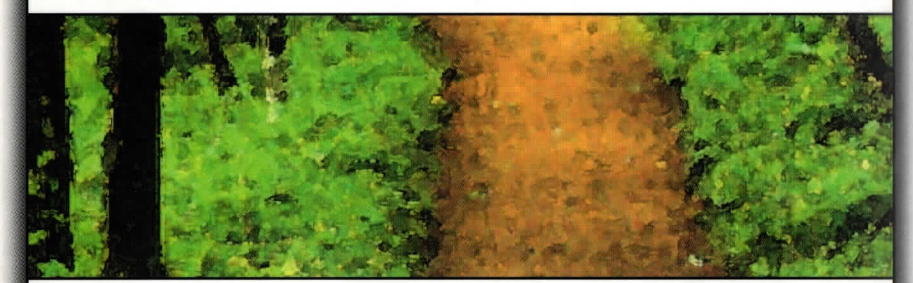
Índice

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en marzo de 2004 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, parada en el Taller de Integración Digital del FCE, se utilizaron tipos Berkeley Book de 11:14, 10:13 y 8:9 puntos. La edición, que consta de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado de *Julio Gallardo Sánchez*.



Jaime Sáenz empezó por la poesía para trasladar ese lenguaje a la prosa y de ahí regresar a la lírica con la fusión de ambas. *Recorrer esta distancia* es una clara muestra de sus treinta años de trabajo. En el libro se reúne prácticamente toda su obra poética.

Versos libres de oraciones largas, los poemas de Sáenz remiten al lector a la esencia del ser humano y al sentido de la vida. El hombre como ser finito es para Sáenz uno solo con la muerte. Sáenz recurre constantemente a la oscuridad, a la soledad del ser humano, pero no olvida el amor, el carnaval de la vida. Siempre está esa esperanza que suaviza el dolor.



Jaime Sáenz nació en La Paz, Bolivia, en 1921. A su muerte (1986) había publicado más de doce libros: la novela *Felipe Delgado* (1979), que relata la vida de los marginados de su país; relatos y ensayos como *Imágenes paceñas* (1979), *Los cuartos* (1985) y *La piedra imán* (1989). De manera póstuma se publicaron: *Los papeles de Narciso Lima Achá* (1995) y *Obras inéditas* (1996). Su primer poemario, *El escalpelo*, apareció en 1955; le siguieron *Muerte por el tacto* (1957), *Aniversario de una visión* (1960), *Visitante profundo* (1964), *Recorrer esta distancia* (1973), *Bruckner y las tinieblas* (1978) y *La noche* (1984).



9 789681 672041